

A close-up photograph of a man wearing a traditional Native American headdress with a large, dark, feathery crest and a band of red and white beads. He is holding a wooden flute horizontally across his mouth and playing it. The lighting is dramatic, highlighting his face and the texture of the headdress. A black circular badge with the text '+18' is positioned in the upper right corner.

+18

HINUN
CHRISTIAN
MARTINS

HINUN

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN MARZO 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS

Allí donde está el peligro está también lo que salva.

Johann Ch. F. Hölderlin

Como siempre y como casi todas mis novelas, esta historia también está dedicada a mis lectoras.

Chicas Martins, sois increíbles. Gracias por hacer mis sueños realidad y por compartir este excitante camino junto a mí.

Espero que sigáis disfrutando de Denahi, de Magena y de todo lo que rodea la reserva.

*Nos vemos pronto,
Christian.*

1

Magena

Todos los pequeños están sentados alrededor del fuego, observando al jefe de la tribu con los ojos muy abiertos. Es la noche de las leyendas. La noche en la que los más pequeños de la tribu comienzan a aprender todas las costumbres que se han ido adquiriendo de forma continuada generación tras generación.

Excepto el jefe, nadie más habla. Los adultos nos mantenemos una fila más atrás, alejados de los niños, escuchando las historias. Aunque para mí son nuevas, el resto han debido de atender al mismo relato un millar de veces, aunque tampoco parece importarles. Escuchan cada palabra con atención, como si pretendieran memorizar cada sílaba de lo que se está contando.

Denahi se levanta del suelo y comienza alrededor del fuego. Está descalzo y prácticamente desnudo. Lo único que cubre su musculoso y moreno cuerpo es una pequeña piel que va atada a su cintura al estilo de un taparrabos. Puedo sentir cómo su mirada se desvía hacia mí en varias ocasiones, mientras yo sonrío de forma absurda sin dejar de escuchar lo que dice.

— Y entonces, el abuelo le dijo a su nieto: “hijo mío, dentro de cada uno de nosotros hay una gran batalla entre dos lobos. Uno es Malvado. Es la ira, la malicia, la envidia, el rencor, las mentiras, la inferioridad y el ego. Y el otro es Benévolo. Es la dicha, la paz, la esperanza, la humildad, la bondad, el amor, y la empatía.

Denahi utiliza el mismo tono de voz que un profesor emplearía con sus alumnos. Puedo ver que en el círculo hay niños muy pequeños; niños que aún están aprendiendo a hablar, pero que, a pesar de ello, no retiran la atención de Denahi ni un solo instante.

— El nieto meditó un poco en lo que su abuelo le estaba contando y, al final,

preguntó: “¿y qué lobo ganará la batalla? El anciano, sin dudar, respondió: “aquel que tú decidas alimentar”.

He descubierto que la noche de las leyendas me encanta. Ver a Denahi de esa manera, inculcando a los suyos todo lo que sus ancestros le dejaron como legado, me parece mágico. El fuego chispea con fuerza; llevamos un buen rato aquí sentados y ahora mismo se encuentra en su pleno auge. Fuera del círculo principal — en el que están sentados los niños —, nos hemos colocado algunas mujeres. Para los apaches las tradiciones son lo más importante y estas dictan el orden en el que los miembros de la tribu deben sentarse alrededor del fuego según qué ceremonia se vaya a celebrar. Detrás de nosotras, están los hombres.

Denahi termina de contar las historias y los niños, que se han vestido con los trajes tradicionales, se ponen en pie para bailar la danza de los espíritus. Todos llevan varias tobilleras repletas de cascabeles atadas al tobillo y cuando empiezan a bailar el tintineo de las campanillas inunda el ambiente. Las mujeres y los hombres, que hasta ahora se habían mantenido en un segundo plano, comienzan a murmurar la canción que invoca a los espíritus. Sin razón aparente, un escalofrío recorre mi cuerpo mientras observo la danza y a Denahi dirigiéndola. A pesar del calor de la hoguera, un repentino frío se instala en mi interior.

— ¿Estás bien? — susurra Kayla a mi lado, meciendo con suavidad al bebé que lleva entre sus brazos.

Han pasado varios meses desde que dio a luz y el pequeño niño parece que, por fin, ya se ha recuperado por completo de la operación que precisó al nacer. Algunos miembros de la tribu consideran que tanto el bebé como la madre están marcados y no son dignos de pertenecer a la tribu, pero yo creo que ese niño sí es un verdadero guerrero. Un guerrero de verdad.

— Sí... — respondo, a pesar de sentirme realmente extraña —, tranquila.

Vuelvo a levantar la cabeza para contemplar la danza y me percató de que el fuego se ha avivado aún más. A ninguno de los presentes parece preocuparle que la hoguera amenace con extenderse, así que decido relajarme. Las chipas saltan con más fuerza del fuego y, entonces, lo veo. No solo yo, si no todos los presentes. Un viento helador comienza a soplar con fuerza y la arena del

desierto se levanta para atacarnos. Todos vamos vestidos con poca ropa; las mujeres con un corto vestido de ante o, simplemente, con faldas hasta la rodilla dejando sus senos al descubierto. Los hombres con taparrabos de piel que no dejan demasiado a la imaginación. No tenemos ropa con la que protegernos el rostro, así que nos tapamos la cara con ambas manos. Los pequeños que danzaban en círculo alrededor del fuego hacen lo mismo, dejando de lado el baile. Ninguno sale corriendo porque, según las normas, nadie puede abandonar un baile tradicional sin que el jefe de la tribu lo ordene primero. Hacerlo podría considerarse una falta de respeto.

— ¡Fuego rojo! — grita una mujer que aún no conozco mientras señala el horizonte.

Intento hallar a Denahi con mi mirada, pero está entre los niños y nuestros ojos no consiguen encontrarse.

— ¡Refugiaros en vuestras casas! — grita mi hombre, levantándose del suelo para agrupar a los pequeños.

Todos salen escopetados.

Hombres, mujeres y niños corren en dirección a sus hogares para refugiarse de la amenaza. Parece una tormenta de arena, pero tampoco estoy segura de qué otra cosa puede significar “fuego rojo”. Aún estoy sentada sobre la fina arena cuando vuelvo a ver esos ojos grandes y grises reflejados en el fuego. No es la primera vez que la danza de los espíritus atrae a un familiar querido, pero esos ojos... No tengo ni idea de a quién pertenecen.

— Nos vamos, princesa — susurra Denahi, tirando de mi brazo — , tenemos que refugiarnos.

Levanto la mirada hacia él y me olvido de los ojos grises que se proyectan entre las llamas. Denahi sonrío de forma cariñosa mientras me impulsa para levantarme del suelo. El viento sacude mi cabello semi-recogido en trenzas y la arena salta a mis ojos, cegándome. Me detengo unos instantes para esperar a Denahi, que se ha detenido a lanzar un cuenco de agua sobre la hoguera.

Las celebraciones de la tribu se hacen en tierra sagrada. En este caso, en el descampado junto al que se construyó el poblado de la reserva. La tierra por la que corremos ahora mismo está bendecida por el chamán de la tribu, y antes que él, otros cientos de chamanes la bendijeron y limpiaron de los

malos espíritus y de las vibraciones negativas.

Estamos llegando a nuestra pequeña casita de adobe cuando veo, en la lejanía, que la luz de la vivienda de Kayla está encendida. Denahi me empuja al interior, entra detrás de mí y cierra la puerta de golpe. A pesar del frío que ha levantado el viento, está sudando. Va vestido con un pequeño taparrabos, al igual que el resto de los hombres, y lleva el pecho y el rostro pintado con líneas rectas de varios colores.

Él suelta una pequeña risita que yo no termino de comprender y camina un paso al frente en mi dirección.

— ¿Estás asustada? — pregunta, acariciándome el brazo. Denahi frunce el ceño al tocarme — . Estás congelada...

— El viento era frío — señalo, encogiéndome de hombros — . No, no estoy asustada.

El jefe apache se coloca a mi lado y me toca la frente y las mejillas con ambas manos.

— Tienes fiebre... El fuego rojo no es frío, Magena. Arde.

De forma inconsciente, yo también me llevo la mano a la frente para comprobar que sí, en efecto, estoy ardiendo.

— Vaya..., la verdad es que no me encuentro mal — murmuro, acercándome a la ventana para observar la tempestad que se ha levantado en el exterior.

La arena flota, emborronando el paisaje que contemplo mientras el fuerte viento la maneja a su antojo.

— ¿Por qué le llamáis “fuego rojo” a la tormenta de arena? Es solo viento...

Denahi se coloca detrás de mí y envuelve mi cuerpo entre sus brazos. Aparta mis trenzas con delicadeza antes de comenzar a besar mi cuello de forma lenta y suave.

— Es diferente. El fuego rojo es un viento ardiente y muy fuerte que los espíritus nos envían desde las entrañas de la tierra. Lo hacen cuando están enfadados con nosotros... El fuego rojo arde, quema, y es capaz de engullir en su interior a cualquiera que decida desafiarlo.

“Es solo otra leyenda”, pienso automáticamente.

Pero sé muy bien lo que significa. Denahi acaba de recuperar el mandato de la tribu y no hay que ser muy listo para darse cuenta de que a varias personas no les ha hecho demasiada gracia. Entre ellos está el marido de Kayla. Y este fenómeno inesperado puede que empuje a otros miembros de la tribu a ponerse en nuestra contra.

— ¿Crees que está a salvo con él? No la quiere, Denahi... Ni a ella ni al bebé.

Denahi me obliga a girarme hacia él y ambos nos quedamos cara a cara. Pasea un dedo por mi nariz y después por mis labios. Se lo beso y sonrío.

— Kayla está bien, no tienes que preocuparte por nada — asegura con la voz firme — . Nashua sabe muy bien que si se atreve a tocarla lo mataré con mis propias manos. Aquí las cosas funcionan muy diferente, Magena... Ahora yo soy quien impone la ley.

Me muerdo el labio al escucharle.

Sé que así es, y que el mandato le corresponde por descendencia, fuerza y valentía, pero... Pero aún con todas, un mal presentimiento no me deja dormir tranquila desde que regresamos a la reserva. Cuando vivíamos en el pueblo, en Cave Creek, no podía evitar pensar que no estábamos entre nuestra gente, pero es que ahora presiento que entre nuestra gente se infiltran demasiados enemigos. Muchos. Y que eso conseguirá acabar con nosotros más pronto que tarde.

— Deja de pensar, princesa — murmura en mi oreja, justo antes de morderme con sensualidad el lóbulo — . Ahora estás a salvo y yo estoy aquí para protegerte.

Denahi desata con destreza el nudo con el que estaba atado al cuello el vestido. La pequeña tela de ante cae a mis pies, dejándome totalmente desnuda ante él.

— Sigues ardiendo... — me dice mientras pasea las manos por mi cuerpo.

Se entretiene masajeando mis pechos antes de bajar a mis caderas para atraerme más a él. Yo siento cómo un calor abismal asciende por mis entrañas, quemándome. Abrasándome. Me pongo de puntillas para poder

besarle. Sus labios fríos contrastan con los míos, ardientes. Denahi desliza sus manos por mi cintura, haciendo que nuestros cuerpos se unan. Puedo sentir su erección contra mi vientre y las ansias que tiene de poseerme.

— Princesa... — murmura con la voz ronca por el deseo.

Recorro con mis dedos la pintura que cubre su pecho, emborronándola. Mi jefe apache sigue siendo tan sensual y explosivo como el primer día que le vi, sentado en esa cafetería de Cave Creek con la mirada perdida en sus propios pensamientos.

Su pelo, antes corto, ha comenzado a crecer y ahora vuelve a caer casi hasta sus hombros. Lo lleva recogido en una coleta que yo me apresuro a desatar mientras él me aúpa con fuerza, elevándome. Enrosco mis piernas alrededor de su cintura. Denahi camina al fondo de la habitación y me deposita sobre una cama de pieles con base de paja. El rincón en el que compartimos sueños y pasión, pesadillas y fantasías. Se coloca sobre mí y me observa fijamente con la mirada cargada de deseo. Lame mi seno y muerde mi pezón. Con la yema de su dedo índice, va zigzagueando sobre mi piel hasta alcanzar mi monte de Venus. Me muerde el otro pezón, obligándome a arquear las caderas por el placer. Puedo escuchar mis propios jadeos haciendo eco en la casi vacía habitación mientras el viento del exterior sopla con fuerza, filtrándose por las ranuras de las ventanas y de la puerta y provocando un pequeño silbido.

— Denahi...

Él sonrío y se coloca sobre mí.

Sus brazos, tensos, cada uno a un lado de mi cabeza. Se agacha para besarme y nuestras lenguas se entrelazan en un baile húmedo y frenético. Poco a poco, con una lentitud exasperante, Denahi comienza a clavarse en mi interior. Arqueo las caderas para recibirle y acelerar el proceso. Él suelta una risita ante mi impaciencia y yo suspiro, suplicante porque continúe. El placer que siento contrae mis músculos y acelera mi respiración. Le miro. Él continúa con las embestidas; tiene los ojos cerrados y, cuando los abre, puedo sentir el hambre que corroe su interior. Nuestros cuerpos se funden en uno solos hasta que, unos instantes después, explotamos de placer. Denahi se tumba a mi lado y me besa en la clavícula con ternura y delicadeza. Me abraza, envolviéndome con calidez a pesar de la baja temperatura de su piel... Y por

fin, aquí, me siento como en casa. Sus brazos son, sin dudar, mi verdadero hogar.

2

Denahi

Magena está lavando alguna de nuestra ropa en el barreño que hay al oeste del campamento. La observo hacer las tareas, distraído, mientras mis pensamientos vagan muy lejos del lugar en el que estamos.

No quiero preocuparla, pero Nashua y algunos de sus amigos empiezan a causar problemas y a revolucionar la tribu. Además, me cuesta creer que Nayeli ha abandonado su vida de buenas a primeras. Tengo la sensación de que las preocupaciones se amontonan y que resolver todas estas encrucijadas no será tan sencillo como había creído en un principio.

— ¿Vas a ir a la escuela? — me pregunta Magena.

Regreso a la realidad.

Ella está colgando una camisa blanca en las cuerdas. Sonríe de oreja a oreja, radiante y tan preciosa como siempre.

— No, hoy no — respondo, aún un poco distraído —, hoy quiero enseñarte un lugar especial.

Le guiño un ojo y ella suelta una pequeña carcajada.

El tiempo va transcurriendo con rapidez y nuestra relación cada vez se solidifica más. Yo no soy sin ella y ella no es sin mí. Así de simple son las cosas cuando estamos juntos.

— ¿Un lugar especial? — inquiera con curiosidad.

De fondo, puedo escuchar las voces de los hombres que están trabajando en el pozo de agua contaminado. Parece que el agua vuelve a ser potable, pero he decidido drenarla para no arriesgarnos. Cualquier intoxicación, ahora

mismo, podría causar tensión entre la población.

Trasladar a Kayla al hospital fue una decisión que todavía me sigue pasando factura, y a pesar de que a estas alturas ya he recuperado el cariño y respeto de buena parte de la tribu, no sé cómo actuaría en una nueva situación de emergencia.

Le guiño un ojo a Magena y me resisto a contarle nada más. Quiero que sea una sorpresa.

Escucho un carraspeo tras de mí y ambos nos giramos para observar a la recién llegada. Se trata de Topanga. Un nudo opresor se forma en mi garganta cuando la veo. Me contempla de hito a hito, repasándome de arriba abajo con recelo. Sé que está resentida conmigo y puedo llegar a comprender sus motivos. Ella hubiera sido mi esposa, la mujer del jefe de la tribu, si Magena no hubiese aparecido en mi camino.

— Hola, Topanga — saluda Magena con un tono conciliador.

Ella desvía su atención hacia mi chica, pero no le devuelve el saludo.

Sé que debo terminar con esta situación incómoda antes de que se descontrole, pero la verdad es que todavía no he sacado fuerzas para enfrentarme a la furia de una mujer despechada.

Le lanzo una mirada a Magena, señalándole el poblado. Ha llegado la hora de marcharse.

— Vamos...

Asiente antes de echar a caminar detrás de mí, evitando cruzarse con Topanga. Mientras alcanzamos las casitas del poblado me digo a mí mismo que sacaré un rato estos días y mantendré esa charla pendiente con Topanga.

— ¿Me vas a decir de una vez a dónde me llevas?

Yo sacudo la cabeza en señal de negación, justo antes de golpear con fuerza el capó de la ranchera del viejo Billy.

— ¡En marcha!

El sol brilla en lo más alto del cielo azulado y no se llega a atisbar ninguna nube cercana. El calor en Arizona cada día es más insoportable.

Magena baja la ventanilla y deja que el aire fresco le golpee el rostro. Tiene

las mejillas sonrojadas y poco a poco va cogiendo color, aunque comparada con la gente de la tribu aún sigue igual de blanca que siempre. Me fijo en que la camiseta de tirantes que lleva deja entrever su cicatriz; la herida de bala. Ya casi está sanada, aunque la marca quedará en su piel el resto de su vida.

Aparco la ranchera en la falda suroeste de la montaña.

— ¿De verdad? — inquiera, señalándola — , he estado aquí cientos de veces — asegura con retintín — , así que no vas a enseñarme nada nuevo.

Rodeo el vehículo y abro la puerta para instarle a bajar. Ella, escéptica, obedece.

— Te voy a enseñar la guarida del puma... — bromeo con una sonrisa socarrona.

— ¿Atacará? ¿O lo tienes amaestrado?

Suelto un gruñido mostrándole los dientes y Magena se echa a reír, divertida.

— Ten cuidado... — bromeo — , creo que se te olvida que el puma soy yo.

Caminamos por el sendero principal, disfrutando del paisaje frondoso que el desierto aún no ha engullido. Es increíble cómo en algunas zonas puede verse tanta vegetación y no unos simples cactus esparcidos aquí y allá. Avanzamos con paso firme y rápido a pesar de que el sol del mediodía calienta nuestras cabezas, deshidratándonos con rapidez. Ha sido una verdadera estupidez no traer una cantimplora con agua fresca, pero ahora que hemos llegado hasta aquí no quiero regresar aún.

A medio camino de distancia a la cima, aparece la desviación señalada. Esa que con tanto esfuerzo me he dedicado a allanar para que Magena pudiera soportar la caminata. Durante días, he procurado realizar el recorrido y retirar todas las ramas y zarzales que estorbasen, así que supongo que podrá aguantar el paseo final.

— ¿Por ahí?

Yo asiento, pero ella no parece muy convencida.

— Confía en mí, vamos... — la insto, tirando de su brazo.

De la mano, la guío por el estrecho pasadizo. Aunque ella no se dará cuenta, los variados entrenamientos que he recibido en mi infancia para rastrear presas me señalan que, sobre mis antiguas huellas, han pasado unos cuantos animales más. Seguramente se trate de zorros grises; nada que deba preocuparnos realmente.

— ¿Tardaremos mucho? — inquiera.

Me doy la vuelta para mirarla.

Una fina capa de sudor cubre su frente y parece abrumada por el calor del sol. Además, alguna zarza le ha dejado un pequeño arañazo en la mejilla y parece agotada. Me quito la camiseta y, tras anudarla a modo de turbante, se lo coloco en la cabeza para intentar paliar la sensación abrasadora del mediodía.

— Así estás mejor — aseguro con una sonrisa — . Vamos, démonos prisa.

Sin soltarla, voy abriendo el camino mientras ella me sigue un paso por detrás. Suspiro aliviado pensando que en menos de tres minutos estaremos a la sombra, protegidos por el calor de la cueva.

Estamos casi en el alto cuando aparece frente a nosotros. La entrada es muy pequeña; una minúscula grieta con forma de óvalo que tan solamente permite la cabida de una persona a su vez. La caída al otro lado es bastante alta, pero estoy convencido de que Magena sabrá disfrutar la experiencia.

— ¿Denahi? — pregunta con el ceño fruncido — . ¿No esperarás que me meta en ese agujero, verdad?

Le respondo con un guiño del ojo y vuelvo a tirar de mi chica águila para apremiarla.

— Pasaré yo primero. No me hagas esperar mucho.

Primero paso las piernas al otro lado y después voy filtrando mi cuerpo. Magena está más delgada y es más pequeña, así que supongo que le costará menos. Cuando termino, la caída — ya conocida — no me sorprende. El golpe no es tan fuerte porque cada vez que vengo voy descubriendo mejor dónde y cómo culminar. Miro alrededor con nerviosismo antes de sacar la linterna del bolsillo. Le encantará, estoy seguro. Alzo los brazos cuando veo las piernas de Magena al otro lado y me preparo para atraparla al vuelo e impedir que se golpee contra el suelo. La primera vez, además, recuerdo que

el impacto me magulló un hombro.

— ¡Vamos!

3

Magena

Me quito la camiseta que Denahi me ha colocado a modo de turbante y me preparo para pasar al otro lado. Esta improvisada excursión no me está haciendo demasiada gracia, pero supongo que si mi chico apache me ha traído hasta aquí es porque realmente merece la pena. Paso las piernas, el cuerpo y finalmente, los brazos. La caída que viene después me pilla desprevenida pero, como no, los brazos de Denahi están al final para atraparme al vuelo.

— No pensaba dejarte caer, princesa — asegura.

Yo sonrío entre la penumbra antes de revisar aquello que me rodea. Estamos en una cueva. En una tétrica y sombría cueva. No hay luz, por ninguna parte — exceptuando la linterna que Denahi tiene — .

— ¿Cómo subiremos? — pregunto, observando el foco de luz que se filtra desde el agujero por el que hemos caído.

A modo de respuesta, Denahi alumbrá la pared y señala una cuerda que cuelga desde la grieta hasta el suelo.

— Aunque hay una salida más cómoda... Tú solo déjate llevar y confía en mí — me dice, sonriente.

Decido darle un voto de confianza y le devuelvo la sonrisa.

Agarrada a su mano, caminamos por un pasadizo rocoso cuyas paredes están húmedas y embarradas. Escucho el sonido de algún animalillo de fondo y supongo que se tratará de murciélagos. Debo admitir que no me gusta nada esto. Odio los espacios cerrados, oscuros y húmedos. Tengo la sensación de que, aquí abajo, soy una prisionera. No poder mirar el cielo me resulta

demasiado frustrante y termina causándome ansiedad. Respiro hondo y vuelvo a repetirme a mí misma que le debo este voto de confianza a mi jefe apache.

— ¿Falta mucho? — insisto, sintiéndome como una niña pequeña y pesada.

El suelta una risotada que se hace eco entre las paredes de la cueva. Su risa se repite en bucle una y otra vez hasta que, finalmente, el sonido se pierde.

— Vamos, entra tú la primera...

Me da un pequeño empujón y me señala, como no, otro agujero por el que debo pasar. Aunque este no es tan pequeño como el anterior, el miedo a volver a caer desde una altura hace que tome las debidas precauciones y que pase al otro lado con lentitud. Primero una pierna y después parte del cuerpo, intentando tocar con el pie el suelo al otro lado. Siento una roca en la puntera y me animo a pasar la otra pierna y a descender por completo. De forma inconsciente, me rasguño el antebrazo con un saliente puntiagudo y libero un gritito de dolor que, finalmente, termina transformándose en un suspiro de asombro.

— Guau...

Denahi pasa hasta el otro lado con destreza. Es más que evidente que ha acudido a este lugar en un millar de ocasiones, ya que lo conoce realmente bien. El sonido de la cascada haciéndose eco en las paredes envuelve nuestro alrededor.

La cueva, de pronto, se ha transformado en un verdadero paraíso.

El espacio, antes estrecho y pegajoso, ahora es amplio y húmedo. El techo de la cueva ha dejado de ser de roca y un agujero grande que hay sobre nosotros permite que el cielo sea quien proteja este lugar. Sobre nosotros se puede observar tanto la vegetación de la montaña como las nubes del firmamento. Un río del exterior culmina su camino en el techo de la cueva y el agua cae en forma de cascada por su apertura, creando una enorme charca frente a nosotros. La luz que se filtra ha permitido que aquí también crezca vegetación, así que las paredes han dejado de ser de color naranja y ahora las piedras están cubiertas de un musgo muy verde. Sonrío de forma absurda, sin poder creer lo que mis ojos están viendo.

— Denahi, esto es... increíble.

— Mis antepasados decían que era un lugar mágico — me explica mientras comienza a quitarse la ropa — , decían que el agua era sanadora y que bendecía el futuro de las personas.

Yo, aún impresionada, no puedo dejar de observar la caída del agua cristalina hasta la laguna. Mi chico apache, ya desnudo, camina hasta el agua para introducirse en el interior. Veo sus fuertes piernas, sus musculosas nalgas y su ancha espalda y un escalofrío recorre mi cuerpo. Le deseo. Soy incapaz de verle desnudo y no desearle con todo mi alma.

— ¡Venga, vamos, Magena! — exclama mientras nada hacia la caída de la cascada para introducirse bajo ella.

Me apresuro a quitarme la ropa para seguirle, deseosa de que el agua fría calme el calor que el sol abrasador ha dejado en mi piel. Y en efecto, así es. El agua, aquí abajo, está congelada. Seguramente por la humedad y protección que generan las rocas de la cueva.

La charca no posee demasiada profundidad, pero sí la suficiente como para poder nadar cómodamente en ella. Alcanzo a Denahi y yo también me introduzco bajo la cascada de agua. Nuestras risas se entremezclan al instante y nuestros cuerpos se enlazan. Denahi rodea mi cintura con ambos brazos y me besa la punta de la nariz de forma cariñosa. Yo enrosco mis piernas en su cuerpo y apoyo la cabeza contra su pecho, permitiéndome disfrutar del momento tan mágico y desconectar de las preocupaciones.

— No te he traído aquí solamente para que lo vieras... — susurra en mi oído — , hay otra razón más...

— ¿Y cuál es?

De forma inmediata, retiro un mechón rebelde del flequillo de Denahi hacia atrás. El pelo le está creciendo con asombrosa rapidez, dotándole de un aspecto mucho más infantil. O quizás tan solamente sea mi percepción, no lo sé. Pero cada día se parece más al niño que conocí en el pasado... Ese niño que debía priorizar las obligaciones que tenía con la tribu ante cualquier otra cosa.

— Te he traído aquí para hacerte una pregunta.

Sus ojos me observan fijamente y yo le devuelvo la mirada con un nudo en el estómago.

— ¿Qué pregunta?

Tengo un presentimiento, pero... No, no puede ser.

— Princesa Magena... ¿me harías el hombre más feliz de este mundo... casándote conmigo?

Creo, en ese mismo instante, que he dejado de respirar y mi corazón se ha detenido al momento. ¿Casarme? Intento mantener la calma y no perder los papeles, pero la pregunta me ha pillado tan desprevenida que soy incapaz de asimilarla con madurez.

— Yo... ¿Contigo?

Denahi suelta una risotada descomunal.

— Sí, eso es. Tú, conmigo.

— Pero... — musito de forma entrecortada.

¿Y mi padre? ¿Qué demonios diría al respecto?

Él aún ni siquiera sabe que estoy viviendo en la reserva, así que una boda le pillaría totalmente por sorpresa. Además, Los Calaverass aún continúan persiguiéndome y tan sólo es cuestión de tiempo que terminen dando con mi paradero.

— Magena, tranquilízate — susurra Denahi, besándome con suavidad la frente —. Sé lo que estás pensando y no creo que esa deba ser tu preocupación en estos instantes.

— ¿Mi padre?

— Tu padre ya lo sabe. Le pedí permiso hace días y, aunque creo que no le hizo mucha gracia, terminó por decirme que la decisión final era tuya y que no se interpondría entre nosotros.

Trago saliva.

¿De verdad? Me cuesta imaginar a mi padre diciendo eso.

— ¿Y Los Ca...?

— No importa quién venga a buscarte — se adelanta Denahi — , eres mi compañera. Mi mitad. Yo siempre iré a donde tú vayas.

Tengo la sensación de que mi respiración se ha acelerado demasiado. Estoy hiperventilando y sospecho que si no me tranquilizo, terminaré desmayándome.

— ¿Y cuál debería ser mi preocupación?

— Es muy sencillo... Deberías preocuparte por saber si me amas plenamente, de la misma forma que yo te amo a ti. Y si la respuesta es afirmativa, princesa, entonces no tendrás nada más en lo que pensar.

Si le amo... Sí, en eso tiene razón. Esa pregunta es tan sencilla como su respuesta.

— Sí, Denahi... Sabes que te amo con todo mi corazón.

Nada más decirlo en voz alta, me siento mucho más relajada y tranquila. Como si el amor que sintiéramos el uno por el otro pudiera hacer que el resto de mis problemas desaparecieran del mundo. Él sonríe y de forma automática, yo le devuelvo el mismo gesto.

— ¿Entonces? ¿Qué me dices, princesa?

— Que sí... Que me casaré contigo.

Su sonrisa se ensancha aún más unos instantes antes de que sus labios busquen los míos. Ahora mismo me siento como si estuviera viviendo en un sueño. Todo parece demasiado real como para ser verdad. Demasiado mágico.

— Te prometo que intentaré hacerte la mujer más feliz del mundo..., te lo aseguro — susurra, besándome de forma tierna el cuello.

Cuando levanta la cabeza, puedo ver el deseo, la ilusión y la pasión brillando con fuerza en su mirada. Denahi es tan expresivo que, a veces, no necesita decir nada para comunicarse. Casarnos. Aún estoy intentando asimilarlo mientras ambos nos besamos y nos reímos a la vez.

— Te he hecho una promesa, Magena... ¿Confías en mí?

Asiento inmediatamente.

El tiempo que he pasado a su lado ha sido más que suficiente para saber no sólo que me ama, sino que además cuidará de mí. Sé que Denahi daría su vida por protegerme y creo que esa es la verdadera razón por la que yo daría cualquier cosa por él.

Decido dejar de pensar y le devuelvo el beso mientras sus manos traviesas acarician mi cuerpo debajo del agua, atrayéndome hacia él. El calor de su cuerpo conectándose con el mío es todo lo que necesito para sentirme bien en estos instantes. Mi chico apache libera un suspiro de placer antes de introducirse por completo en mi interior. Yo grito. Grito por la libertad del instante, por el amor del momento, por el placer, por la pasión y por todo esto que estoy sintiendo y que jamás creí que pudiera ocurrir.

Y mientras hacemos el amor muy suave y lentamente, rezo a los dioses de este universo porque este sueño tan real nunca llegue a su final.

4

Magenta

El pelo mojado cae por mi espalda, empapando la camiseta que llevo puesta. Es de agradecer teniendo en cuenta que el caluroso día del desierto está batiendo récords en temperaturas altas registradas.

Denahi detiene la ranchera frente a mi antiguo hogar; ese en el que me crié y al que decidí regresar meses atrás. Aunque ahora me parezca que sucedió hace mucho tiempo, la verdad es que tan solamente han transcurrido unos pocos meses desde entonces.

Veo la mecedora de mi madre balanceándose sola en el porche, como si ella estuviera sentada y la estuviera empujando con un pie. No hay viento, así que el movimiento parece cosa de magia y brujería. Cuando cierro los ojos puedo verla frente a mí, hablándome como si aún estuviera en este mundo. Si me concentro, aún recuerdo su olor a flores silvestres, su piel blanquecina — aunque siempre un poco más morena que la mía —, sus profundos ojos. Aquellos que podían ver más allá de lo que cualquier otro era capaz. Supongo que cuando quieres tanto a alguien y fallece, esas cosas nunca terminan de marcharse y siempre conviven contigo en tu corazón. Y supongo que, además, esa es la única manera de mantener vivo a alguien que ya no está. La mecedora continúa moviéndose lentamente y yo saco la mano por la ventanilla para comprobar si el viento sopla, aunque sea levemente. Pero no. El ambiente está seco, totalmente seco.

— Venga... — me apremia Denahi, animándome a pasar al interior —, él te estará esperando.

Asiento, le devuelvo la sonrisa con ternura y me bajo de la ranchera con movimientos lentos y comedidos, estirando cada segundo.

La mecedora ha dejado de moverse.

Me quedo mirándola unos instantes mientras me pregunto qué le voy a decir

a mi padre. Aún puedo reproducir sin esfuerzo ese recuerdo en el que ambos discuten porque mi madre pasaba demasiado tiempo en la reserva. ¿Qué pensará cuando le diga que me marché allí a vivir? Sé que no le gustará, pero supongo que no le quedará más remedio que asimilarlo y dejarme marchar.

Por unos instantes, el miedo a que Los Calaverass aparezcan por Cave Creek vuelve a aflorar en mí. Parece que han pasado años desde que bajé borracha aquellas escaleras del metro y los vi allí, golpeando a aquella chica medio desnuda antes de matarla y lanzarla a las vías del metro. Sé que esa banda controla gran parte de los negocios de la ciudad y a casi todos los políticos y empresarios importantes. Todo el mundo sabe lo que hacen, incluso la policía, pero nadie había sido tan estúpido como para denunciarles. Hasta que llegué yo y lo hice. Aún recuerdo el sentimiento de culpabilidad que me atemorizaba cuando llegué a la casa de mi tía Margaret. Me había quedado quieta, callada e inmóvil mientras esos monstruos asesinaban a esa chica. No había movido un solo dedo para detenerles. Pensé que lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias, era denunciar el asesinato para que los criminales que le habían arrebatado la vida no salieran impunes — una vez más — . Aún recuerdo el rostro descompuesto del agente que me atendió. No podía imaginarse que, de verdad, una cría de mi edad estuviera denunciando a la organización criminal más poderosa de la ciudad. “¿Sabes quiénes son, hija?”, me había dicho.

Después de mi atestiguación varias personas más decidieron dar la cara y relatar otros delitos que habían presenciado. Pero poco a poco todas las voces fueron silenciándose hasta que sólo quedé yo. La única testigo capaz de mantener al jefe de la banda en prisión. Después, cuando supe que venían a por mí, decidí huir y esconderme en Cave Creek. Y así comenzó esto. Así regresé a mis raíces.

— Vamos — vuelve a repetirme Denahi, sonriéndome con ternura — , prometió no dispararnos — bromea, aunque no sé cuánto de broma y de realidad tiene.

Le devuelvo la sonrisa y comienzo a subir las escalerillas del porche.

Supongo que con mi padre todo ha sido tan sencillo como complicado. Mi madre, que tenía el mismo don que yo, se suicidó cuando yo no era más que una cría. En aquel entonces no comprendía lo que había ocurrido y de forma inconsciente culpé a mi padre por la pérdida. Fue una época difícil y

complicada. Aunque por lo que sé, en mi familia todo ha sido siempre complicado y difícil. Incluso antes de que yo llegase a este mundo.

— ¿Papá? — pregunto con un hilillo de voz mientras abro la puerta principal.

A pesar de todo, sé que por muy extrañas, raras, complicadas, difíciles y surrealistas que hayan sido las cosas entre nosotros, nos queremos. Siempre hemos cuidado el uno del otro, ya fuera en la distancia o en la cercanía. Pero él sólo me tiene a mí y yo, antes, tan sólo le tenía a él. Ahora es diferente. Ahora también tengo a Denahi, que se ha convertido en mi familia. Como siempre me dice él: “ahora somos compañeros de vida, compañeros de viaje”.

— Magena...

Suspiro hondo y dibujo una sonrisa de medio lado.

Ambos nos quedamos mirándonos muy fijamente, procurando descifrar todo lo que tenemos por decirnos.

— Estoy bien, papá... — aseguro tras comprobar la mueca de preocupación que tiene mientras me inspecciona — , de verdad.

— Desapareciste — dice, aunque su tono de voz no deja entrever ningún tipo de recriminación — , ¡me asusté tanto, hija...!

Sin decir nada más, los dos caminamos al encuentro y nos fundimos en un abrazo de reconciliación.

— Supongo que esto significa que le has dicho que sí... — murmura en mi oído.

Yo me aparto unos instantes y, de forma inconsciente, sonrío.

Dios, aún me parece una locura pensar que he aceptado casarme con él. Casarme. El sheriff no parece tan espantado como cabía esperar, y eso me proporciona un poco de valentía.

— Sí, eso creo — respondo con una risita nerviosa — . ¿Te parece bien?

Mi padre se aparta para dirigirse a la cocina.

— Dejémoslo en que no me parece mal — suspira — . ¿Una limonada?

Me recuerdo a mí misma que Denahi está esperando en la ranchera, así que niego rotundamente con la cabeza y señalo la puerta de la entrada.

— Tengo que marcharme, pero vendré pronto.

— Magena... ¿Vas a vivir en la reserva?

Sé que esta última parte le preocupa, pero en realidad no debería de hacerlo. Estoy comprometida con el jefe de la tribu; lo que significa que nadie se atreverá siquiera a llevarme la contraria. Ser “la princesa” tiene sus partes buenas y sus partes malas. Como por ejemplo que Topanga me mire como si fuera su enemiga sin razones aparentes.

— No te preocupes, vendré a verte a menudo — prometo — , hasta luego, papá.

“Papá”. Aún se me hace extraño volver a dirigirme a él de esa manera.

El sheriff frunce el ceño, como si se dispusiera a añadir algo más, pero finalmente asiente y se despide de mí.

— Te veré pronto — repito, antes de abandonar mi antiguo hogar.

5

Denahi

Los días comienzan a transcurrir con tranquilidad, lo que significa que por fin se han acostumbrado a mi vuelta y se ha establecido una rutina en la tribu.

El consejo se ha reunido esta mañana para tratar asuntos del colegio y de las cosechas que no están saliendo adelante. Al parecer, las altas temperaturas y las fuertes tormentas que hemos sufrido este año han echado a perder todo lo que se había sembrado. Además, por curioso y extraño que pueda parecer, un miembro de la tribu ha solicitado permiso para abrir un negocio fuera de nuestros terrenos, en Cave Creek.

Como no, quien lo ha solicitado ha sido Unkas. A fin de cuentas, él ha sido el nativo que más contacto ha mantenido con el exterior, así que tampoco es de extrañar su interés en el pueblo. El viejo Billy ha decidido echar el cierre y le ha ofrecido a Unkas abrir el taller de coches y mantener a flote la vieja gasolinera. No tendrá que pagar ningún tipo de alquiler, tan solamente entregar la parte proporcional al diez por ciento de las ganancias que se recaude mensualmente.

El consejo ni siquiera se plantea tomarse en serio la petición. Puedo intuir que ninguno de ellos está conforme con el cambio que tanto yo como otros pocos deseamos realizar en la reserva. El hecho de mantenernos alejados y aislados del resto de la población humana nos está obligando a quedarnos estancados en el tiempo y a no continuar hacia delante. Kayla es el claro ejemplo de ello. Si su hijo no hubiera nacido en un hospital, ahora mismo no seguiría en el mundo. Creo que una vida tiene el suficiente valor como para que se consideren nuevas medidas y se avecinen cambios. Aunque tengo pensado traer a un profesor del pueblo a la reserva, decido que hoy no es un buen momento para decir nada. Bastante tienen con valorar la petición de Unkas sin sufrir un paro cardíaco.

— No creo que sea conveniente si deseamos continuar preservando las tradiciones de nuestros ante...

— Tienes mi permiso, Unkas — corto, decidido a que este absurdo debate no se alargue más de lo previsto.

Si quiero que las cosas tomen otro rumbo, tendré que ser el primero en dar ejemplo. Además, desde que Magena y yo regresamos la relación con su viejo amigo, Unkas, han estado más tensas de lo habitual y mi visto bueno a su petición podría poner fin a esa tensión innecesaria.

El chamán y el anciano se levantan de sus asientos. Es más que evidente lo poco contentos que están con mis decisiones, pero tampoco pueden hacer nada para remediarlas. La sangre de cientos de generaciones que han sido jefes de esta tribu apache corre por mis venas. Lo único que estoy haciendo es cumplir con mi deber.

Abandonan la cabaña y yo me decido a salir tras ellos. Al parecer, la reunión ha finalizado mucho antes de lo previsto. Cuando abro la puerta, me percato de que varios adolescentes están formando un círculo en el descampado de la tierra sagrada. Con ellos está Wakoba, el más anciano de todos. Me quedo observándoles fijamente, intentando adivinar qué es lo que están haciendo. Comprendo unos segundos más tarde que se trata de una breve introducción a la ceremonia de El Gran Espíritu, que dará comienzo esta noche. Sonrío al pensar que, en efecto, yo tampoco quiero perder todas estas tradiciones y costumbres que nos han hecho ser quienes somos y llegar a donde estamos.

— Extraño, ¿no crees?

La voz de Nashua a mi espalda me provoca un repentino escalofrío. Ni yo le agrado, ni él me agrada a mí.

Me giro inmediatamente para encararle y quedar cara a cara. Su rostro está marcado con ojeras y no tiene buen aspecto. Supongo que la vuelta de Kayla y de su hijo no le ha hecho la ilusión que debería hacerle a un verdadero padre de familia. No después de que ella le desobedeciera y abandonase la reserva para dar a luz en un hospital público.

— No sé de qué estás hablando, Nashua, pero puedes ser claro con el jefe de la tribu.

— El traidor — corrige, aunque una mueca en su rostro me señala que nada más decirlo se ha arrepentido de ello.

No importa lo mucho que me odie porque su enseñanza y su naturaleza le dictan que debe respetar, por encima de todo, al jefe de la tribu. Jamás debe faltarme al respeto.

Suspiro hondo, procurando mantener la calma, y decido esquivarle para regresar al poblado. Las mujeres de la tribu, junto con Magena, están llevando a cabo algunas preparaciones para la ceremonia de unión, que tendrá lugar la semana siguiente.

— ¿No es extraño? — repite — , el pozo. Que haya estado contaminado todo este tiempo..., justo desde que te marchaste, hasta tu regreso.

Detengo mis pasos y vuelvo a girarme hacia él.

— No me gusta que me acusen de nada. Menos aún las insinuaciones sin fundamento, Nashua.

El marido de Kayla sonríe con ironía y no añade nada más antes de continuar su camino en dirección al descampado. Me quedo observando su espalda unos instantes mientras sus insinuaciones retumban en mi cabeza. Sí, claro que es extraño. Llevo días dándole vueltas al asunto, aunque jamás pensé que ninguno de los miembros de la tribu pudiera llegar a pensar que fui yo quien estuvo detrás de la contaminación del pozo. Como cabía esperar, los problemas comienzan a aparecer para romper la paz.

Regreso al poblado y Magena aparece frente a mí como un soplo de aire fresco. Se lanza a mis brazos y, cuando lo hace, me pregunto qué habrá sido de aquella chica seca y misteriosa que conocí hace unos meses. Este tiempo que hemos pasado juntos nos ha cambiado. Nuestra unión y nuestra complicidad cada día es más fuerte y patente, e incluso ella, que es reacia a creer en leyendas ancestrales, puede sentir que el destino ha querido que nos encontremos.

— ¿Sabes que me están haciendo el traje de novia? ¿Y el velo? — me pregunta, ronroneándome en la oreja.

Yo sonrío y asiento con la cabeza.

Todo lo que llevemos ese día sobre nosotros será hecho a mano por nuestra

gente.

— Es el regalo que nos hará la tribu para celebrar la unión — señalo — , el velo será muy importante.

— ¿Será necesario que lo lleve? — me pregunta ella — , creo que lo de parecer una virgencita inocente ha pasado a una época mejor.

No puedo evitar soltar una tremenda risotada al escucharla.

— El velo no simboliza la virginidad de la mujer, si no otras cosas. Irá decorado con...

— Piedras, joyas, dedales y campanillas — interrumpe con orgullo.

— Muy bien... Veo que has hecho los deberes en condiciones — murmuro, apretándola contra mi cuerpo. Me moría de ganas por sentirla a mi lado — . Las piedras simbolizan la fertilidad, las joyas la riqueza, los dedales tu presente como buena proveedora y las campanillas que siempre serás atenta con las necesidades de tu familia y de tu tribu.

— Vaya... Y yo que pensaba que todo se reducía a la pureza...

Mientras hablamos alcanzamos nuestro hogar y pasamos al interior.

Es extraño pensar que, ahora, esta vuelve a ser mi casa. Y no solamente mía, sino también la de Magena. Estas serán las paredes que verán prosperar nuestro matrimonio y nuestra unión eterna.

— Esta noche comienza la ceremonia de El Gran Espíritu... El gran anciano guiará a los guerreros más jóvenes en el viaje hacia el gran Dios de la tierra y los cielos — le explico — , y yo tendré que dar comienzo a la ceremonia. Es la tradición.

Magena asiente y sonrío.

— Iré contigo.

Al parecer, mi chica apache comienza a acostumbrarse a nuestras costumbres. Se está adaptando con rapidez, aunque eso tampoco me sorprende en exceso. La sangre apache corre por las venas de Magena y, en el fondo, sus raíces pertenecen a este lugar tanto como a Cave Creek.

Comienza a desatarse la blusa, botón a botón, con suavidad.

— ¿Qué estás haciendo, princesa? — pregunto sin ser capaz de ocultarle una sonrisa.

Ella sacude la cabeza en señal de negación.

— Aún tenemos tiempo hasta que aparezca el gran espíritu, ¿no crees?
— inquiera con tono jocoso justo cuando llega al último botón —. He pensado que podríamos aprovecharlo... ¿Por qué no me explicas más... sobre esa boda que vamos a celebrar?

Magena tira la blusa al suelo. Está vestida, únicamente, con una pequeña falda vaquera que más bien parece un cinturón. Sus pechos firmes, su piel suave y perfecta... Las ansias por caminar hasta ella y comérmela aumentan sin freno, pero me contengo. Este es su juego, y no hay cosa que más me guste que verla jugar.

— Pues... en el altar, tendrás que recitar una declaración de amor para mí.

Magena se remanga un poco más la falda, dejando al descubierto sus largas y esbeltas piernas.

— ¿Unos votos?

— Algo así — respondo casi sin respiración, aún paralizado por las excitantes vistas que tengo ante mí —. Después de la declaración el portador de la pipa nos la pasará a nosotros para que ambos la compartamos.

Ella suelta otra risita traviesa. Está a tan solo unos centímetros de mí y, desde aquí, puedo oler su aroma.

— ¿Tendré que fumar de una pipa?

Sin voz, asiento con la cabeza.

Contenerme cuando la tengo de esa manera y tan cerca es realmente complicado, pero continúo esforzándome.

— Cuéntame más — suplica, dibujando unos pucheros juguetones.

— Tendrás que preparar maíz para mí... Y yo a ti te daré venado. Es una tradición ancestral que se ha de cumplir. Como la de los mantos. Debemos

comer el uno la comida del otro.

Dios, Magena es...

Me quedo ojiplático mientras veo cómo pasea sus manos lentamente por su piel, provocándome. Se detiene unos instantes en su vientre pero, al final, termina ascendiendo hasta sus pechos. Se los masajea sin prisa, con los ojos clavados en mí. Puedo sentir el dolor de la excitación bajo mis pantalones y, por unos instantes, tengo la sensación de que no podré controlarme y me abalanzaré sobre ella como un animal salvaje.

— Más. Cuéntame más...

Las manos de Magena continúan paseándose por su propio cuerpo hasta llegar a la zona de su cuello. Se masajea a sí misma los hombros de forma sensual mientras se retira levemente el cabello.

— Entonces el portador de la pipa nos colocará un manto azul, y sobre él, un manto blanco — murmuro con voz ronca, prácticamente en un gruñido — . Así terminará de unirnos en el matrimonio.

Mi chica apache se mete uno de sus dedos en la boca y lo lame con sensualidad. Creo que la escena que estoy contemplando será capaz de acabar con mi cordura de un momento a otro. Desde luego, Magena es experta en torturas, eso no lo puedo negar.

— ¿Y ya está? ¿No tendremos pastel de bodas?

— Tendremos... — tartamudeo con la mente confusa mientras veo como pasea su dedo húmedo por todo su cuerpo, descendiendo entre sus senos para culminar en su entrepierna — . Tendremos... paz frito... y..., maíz, carne...

— ¿Paz? — se ríe ella, consciente de lo mucho que logra perturbarme.

— Pan... Quería decir, pan.

— ¿Y mi pastel? — murmura con voz inocente, introduciéndose el dedo en su interior antes de gemir de placer.

Ya está, se acabó.

Sin poder contenerme, me abalanzo sobre su boca mientras me quito la ropa

simultáneamente. Magena es una verdadera experta en desquiciarme por completo. Le arranco la falta vaquera, dejándola totalmente desnuda, mientras ella se ríe a carcajadas de mi ansia. La aúpo en mis brazos y camino hasta la pared. Ella rodea mi cuello los suyos, se enrosca a mi cuerpo y me besa con pasión. Con ansias. Con ganas. Mi princesa apache es explosiva, sensual e increíblemente perturbadora. Sin poder contenerme un solo instante más, me clavo en su interior en busca de alivio. Ella contrae los músculos, haciendo que mi placer se multiplique por diez mientras gime en mi oído y me muerde el cuello. La agarro por ambas nalgas y la subo y la bajo. Ella, apoyada contra la pared, intenta cargar su peso en mis hombros para ayudarme, pero la verdad es que no lo necesito. Ahora mismo en lo único que puedo pensar es en hacerla mía.

— Denahi... — ronronea en mi oreja justo en el instante en el que ambos alcanzamos el clímax y estallamos en placer.

Nos tumbamos en el suelo y nos cubrimos con una manta de piel para no quedarnos fríos. Nuestros sudorosos cuerpos se entrelazan y Magena apoya su cabeza sobre mi pecho. Por primera vez en mi vida, siento que todo está tal y como debe estar.

— Te amo... — murmuro, mientras ella, con los ojos cerrados, sonrío.

6

Denahi

El rencor que Unkas parecía guardarme se ha extinguido por completo. Como jefe del clan, he decidido asistir a la inauguración del taller para mostrar mi apoyo y comprensión. El consejo no estará presente y bastantes más miembros de los que yo esperaba han decidido quedarse en el poblado. No están de acuerdo con mis decisiones, aunque no tienen más remedio que aceptarlas.

Unkas está preparando la mesa y los refrescos mientras Magena, Kayla y algunos amigos más se dedican a colocar junto a la carretera el cartel que señala tanto la gasolinera como el taller de coches. Estoy convencidísimo de que este negocio será una buena idea para que nuestra gente prospere. Durante muchos años habíamos procurado no formar parte del capitalismo que arrasaba con el mundo, pero las cosas ya no pueden seguir así. Si algo he comprendido durante la época en la que fui expulsado de la reserva es que, para sobrevivir en el exterior, tan solamente se precisa de una cosa: dinero. Todo cuesta dinero, así que sin él, estás perdido.

Observo al viejo Billy en la lejanía, sentado frente a los surtidores en una vieja silla de madera desgastada mientras se fuma un cigarrillo de tabaco liado.

— Casi no tiene clientes — me explica Unkas — , por eso ha decidido ceder el taller aunque siga haciéndose cargo de la gasolinera.

— ¿Y la gente del pueblo? No hay más gasolineras.

Unkas suelta una risita.

— Los habitantes de Cave Creek tienen confianza con Billy, así que vienen y se surten a sí mismos. Él ni siquiera se levanta de la silla... — añade, riéndose — , pero espero que llegado el momento también me ceda la gasolinera.

No puedo pasar por alto la emoción que desprende. Se siente realizado y ese optimismo es tan contagioso que no puedo más que alegrarme por él y decirme a mí mismo que estos cambios eran necesarios. Estamos haciendo lo correcto.

— Te irá bien — aseguro.

Justo en ese instante, el cartel que estaban colocando cae al suelo provocando un gran estruendo. Veo cómo Magena se agacha a recogerlo y, sin dudar, carga con todo su peso y lo levanta. Que sea tan terca y persistente hace que nada, absolutamente nada, pueda llegar a resistírsele.

— Me he enterado de lo de la boda... Felicidades, jefe.

Me giro para mirarle a los ojos y comprobar que habla en serio. Su mirada no delata rencor ni envidia, así que yo asiento y le doy las gracias.

— Magena es especial...

— Sí, lo es — corrobora Unkas — , es una gran suerte para nosotros contar con ella en la reserva.

Asiento mientras, de fondo, contemplo cómo finalmente consiguen mantener erguido el cartel. Unkas suelta una risita.

— Parece que lo han conseguido — me dice.

Y un segundo después, antes de que yo pueda contestarle, veo cómo el cartelito se balancea para terminar nuevamente en el suelo.

— Iré a ayudarles...

— Oye, Denahi... — me llama, deteniéndome — , ¿puedo hacerte una pregunta?

De pronto, su voz parece haberse tornado muy seria y poco amistosa.

— Adelante.

Unkas parece dubitativo pero, al final, termina hablando.

— ¿Fuiste tú? ¿Contaminaste tú el pozo del poblado?

Lo miro muy fijamente.

Esta es la segunda vez que me preguntan algo parecido en menos de una semana y la verdad es que no resulta agradable.

— Si lo hubiera hecho te lo diría, pero no. Yo no fui.

Él, muy serio, continúa escrutándome fijamente como si de esa manera pudiera extraerme la verdad absoluta.

— ¿Y entonces cómo lo explicas, jefe? ¿Cómo puedes explicar que, nada más regresar al poblado, el pozo vuelva a ser potable y los animales dejen de aparecer muertos en su interior?

No tengo respuesta.

He meditado muy seriamente sobre ello y la verdad es que, en el lugar de los demás, yo también habría dudado de mi veracidad.

— No lo sé, Unkas...

— ¿Sabes? Se escuchaba que era cosa de los espíritus de los jefes. La gente decía que ellos no estaban de acuerdo con la decisión de Nayeli y que querían al verdadero sucesor de vuelta. Sangre de su sangre...

De reojo, contemplo cómo mi chica apache vuelve a subir el cartel. Esta vez parecen haberlo clavado con más fuerza en el terraplén.

No quiero faltar al respeto a mi padre, ni a mi abuelo, ni a ninguno de mis antepasados o a la gente de la tribu, pero una cosa tengo por segura: el pozo no lo contaminó ningún espíritu, si no alguien de carne y hueso.

— Alguien me quería de vuelta — susurro, aunque más bien lo digo para mí mismo —, y la verdad es que no me importa quién fuera — añadido, mirándole y dirigiéndome a él en esta ocasión —, lo importante ahora es que el pozo no vuelva a contaminarse.

Unkas asiente y parece estar de acuerdo con mis palabras.

— ¿Permitirás la expansión de la reserva? — inquiera con curiosidad —. Ya sabes, me refiero a que los niños estudien fuera y en que podamos abrir más

negocios.

Sé que su pregunta no oculta ninguna maldad, pero ahora mismo no hay una respuesta sincera para ella.

— No lo sé, Unkas. Permitiré que se abran más negocios, pero creo que por ahora nuestros hijos e hijas deberían continuar estudiando en la reserva. No estamos preparados para un cambio tan radical... La evolución y adaptación debe de ser progresiva — respondo.

Magena y Kayla, orgullosas de su trabajo, regresan junto a los demás para comenzar la inauguración. Unkas sintoniza una emisora actual en la radio y comienza a servir los refrescos en vasos de plástico con una sonrisa de oreja a oreja. Puedo percibir, una vez más, el optimismo y la ilusión que desprende.

Mi princesa apache me abraza por la espalda a modo de saludo antes de alejarse para coger un vaso con refresco de cola y unos ganchitos. En total estaremos unas treinta personas, lo que ya es bastante teniendo en cuenta que diez años atrás ninguno de ellos se hubiera planteado que algo como lo que Unkas está haciendo podría funcionar. Sé que la hospitalización de Kayla levantó tantos rumores como admiradores. Muchas personas estuvieron de acuerdo con mis actos, aunque otras muchas lo aborrecieron. Pero lo importante de todo esto es que hoy el niño crece sano y salvo y todas las personas son testigo de ello. Nadie podría negar que integrarnos en la sociedad podría ser una ventaja y, por descontado, podría seguir salvando vidas. El pequeño es el claro ejemplo de la progresión que debemos realizar si queremos sobrevivir al paso del tiempo.

— Te veo pensativo... — murmura Magena, colocándose junto a mí.

Le dedico una sonrisa tranquilizadora para hacerla saber que estoy bien. Y en realidad, así es. Estas últimas semanas están siendo tan intensas como maravillosas y, aunque dirigir la tribu está suponiendo más labor de la que había imaginado, creo que me las estoy consiguiendo apañar bien. Mejor que bien, en realidad. Magena vuelve a alejarse de mí para hablar con Unkas. Ambos charlan y se ríen con complicidad mientras Unkas le recoloca el sombrero de piel que tiempo atrás le regaló. No sé por qué, pero ver lo bien que se llevan me hace sentir bien. Que Unkas haya dado el paso y abierto un taller dará ejemplo a los demás y, junto a la ayuda de Magena, sé que

podremos guiar a la tribu por el buen camino. Aquellos celos tontos que sentí en un pasado han quedado atrás porque ahora todo es diferente. Estamos prometidos.

De forma inconsciente, la mirada se me va hacia ella y no puedo pensar en nada más que en quererla y hacerla feliz. Mi mujer. Dentro de poco, muy poco, Magena se convertirá en mi esposa y todo será diferente entre nosotros. Puede que todavía no estemos a salvo de “Los Calaverass”, pero sé que al menos nuestra unión será inquebrantable y que, por duro que sea, si tomamos la decisión de huir la tomaremos juntos. Ella hace tiempo que se convirtió en mi razón de vivir, pero tengo la sensación de que sellar nuestra unión será un gran paso más para nosotros y para el resto de la tribu. Sí, Magena lleva sangre apache en las venas, pero en realidad esa no es la razón por la que la han aceptado tan fácilmente entre los demás. Magena tiene un don, es mágica, y eso hace que la gente del poblado se sienta a salvo y segura cuando ella está cerca. Con su madre, Enola, ocurrió lo mismo. Los miembros de la tribu piensan que el don de Magena servirá de guía a todos los nativos y ayudará a proteger a los niños y ancianos. Y no discuto que, quizás, tengan razón. Pero sé que en el momento en el que los espíritus nos unan en el sagrado matrimonio nadie se atreverá a cuestionar si Magena está donde debe estar.

La gente parece estar disfrutando y pasándoselo bien, así que me permito relajarme durante unos instantes y disfrutar del ambiente hasta que Topanga aparece en escena. Supongo que acabará de llegar porque, hasta ahora, no la había visto entre la gente. Veo que, con su mirada, rebusca entre los presentes hasta dar conmigo. Me indica con un gesto que salga al exterior y, a pesar de mis dudas, la sigo. Sé que aún está dolida por mis decisiones pero en el fondo es una buena chica y terminará aceptándolas.

— ¿Qué ocurre? — pregunto cuando me encuentro con ella en la calle, lejos de la música y del gentío.

Ella me observa fijamente.

— Necesitaba hablar contigo, Denahi... Tengo que..., tengo que decirte una cosa.

Parece realmente preocupada y eso me altera.

Por fin, después de días peleándome con el consejo, estaba logrando disfrutar de un día tranquilo. Espero que diga lo que diga, pueda seguir haciéndolo.

— ¿Qué pasa?

Ella duda.

— Es por Nayeli... Me he encontrado con él en las afueras de la reserva y me ha dicho que no piensa permitir que las cosas se queden como están. Creo que pretende causar problemas.

Asiento lentamente mientras pienso en lo que me acaba de contar.

La verdad es que no es extraño teniendo en cuenta lo mal que terminaron las cosas para él. Sé que Nayeli no es tan digno como yo y que adaptarse al exterior le resultará aún más duro de lo que me resultó a mí, así que no se irá sin antes pelear.

— Está bien — respondo con seriedad — , no tienes de qué preocuparte. Lo mantendremos a raya — añado, dedicándole una breve sonrisa.

Estoy a punto de darme la vuelta cuando Topanga tira de mi brazo para detenerme. Voy a preguntarle si quiere decirme algo más cuando, de forma imprevista, se lanza sobre mí y me besa. Su acto me pilla tan desprevenido que necesito varios segundos para comprender qué está pasando. Su lengua recorre mi boca con agresividad justo antes de que consiga dar un paso atrás y alejarme de ella.

— No... No puedo — tartamudeo, confuso, en el preciso instante en que me percató de que Magena acaba de presenciar la escena al completo.

7

Magena

Mañana es la ceremonia.

Y lo peor de todo es que no me pone nerviosa el hecho de pensar que contraeré matrimonio. No, en realidad, lo que me exaspera pensar es si estoy haciendo o no lo correcto. La imagen de Topanga y Denahi besándose no se me ha borrado de la cabeza todavía. Denahi ha intentado explicarme “lo que ocurrió” en un millar de ocasiones, pero durante este tiempo me he dedicado a esquivarle para que la situación no se agravase aún más. No hace falta que me explique nada, no soy estúpida. Es más que evidente que Topanga y él tuvieron algo antes de que le expulsaran de la reserva... Y ahora que ha regresado..., en fin, quién sabe, quizás las chispas hayan vuelto a saltar.

Sé que, en el fondo, nada de eso debería importarme. Pero poco a poco voy conociendo las costumbres de los indios apaches y hay varios asuntos que me preocupan; por ejemplo, el hecho de que puedan tener varias esposas. ¿Sería capaz de compartir a Denahi con otra mujer? ¿Con Topanga? ¿Podría llegar a ser una imposición? Supongo que sería tan sencillo como hacer las maletas y marcharme para buscar un nuevo comienzo, no lo sé. Lo único que tengo claro es que ahora mismo no puedo imaginar mi vida en otro lugar; y eso me asusta. He dejado de ser la chica independiente que tenía una maleta preparada debajo de la cama para huir en cualquier momento. Además, supongo que la falta de visiones acerca de Los Calaverass me está llevando a creer que por fin se han olvidado de mí. Puede que hayan dado por hecho que no asistiré al juicio o que, quizás, ya estoy muerta y enterrada junto a alguna cuneta. Quién sabe. Lo importante es que los meses transcurren con notoria tranquilidad y nadie parece acercarse a Cave Creek ni a la reserva.

Golpeo con rabia una de las piedras que me encuentro en el camino. Sin decir nada, me he escaqueado entre la gente y he abandonado la reserva para estar un rato a solas. La ceremonia sagrada de los espíritus no ha finalizado aún, así que la mayoría de la gente aún se encuentra junto a la fogata. Denahi, que dio comienzo a la gran ceremonia, debe de estar en el instante en el que finalice; lo que me confirma que seguramente ni siquiera se percate de mi ausencia. Todos los jóvenes de la reserva se han pasado los últimos días bailando sin parar, reclamando a los espíritus de sus antepasados que acudan hasta el poblado para guiarles con su luz en la batalla y en las lecciones de la vida. Debo confesar que ha sido muy bonito ver cómo se emocionaban al sentirse, de repente, el centro de atención de todo el pueblo.

Pero hoy ese fuego se extinguirá y, mañana, cuando vuelva a encenderse, lo hará con otro motivo muy diferente: mi unión con Denahi. Mientras camino por el sendero diviso el cobertizo de madera bajo el que nos resguardamos aquella vez que la tormenta arrasó con el desierto de Cave Creek. Parece increíble que en tan poco tiempo hayamos vivido juntos tantos momentos intensos y surrealistas. A veces me pregunto si no habrá sido esa la verdadera razón de nuestra unión; el habernos sentido solos. El haber necesitado ayuda de un segundo para seguir adelante.

Aún estoy a tiempo de echarme atrás, supongo. Aunque dejar a Denahi solo, en el altar, le rompería el corazón.

— Ya estará Topanga para recomponérselo — murmuro en voz alta con un hilillo de rabia en mi tono de voz.

¿Cómo actuaría él si me viera besándome con otro?

Intento convencerme de que estoy actuando de forma infantil y celosa, pero no. No es así. En el mundo real los hombres no pueden escoger tres esposas y compartir sus camas con quien les dé la gana sin esperar encontrarse de morros los papeles del divorcio y un buen tortazo.

Alcanzo el río antes de lo pensado.

Aquí, junto al agua fresca del arroyo, la temperatura parece conceder una tregua y mantenerse más equilibrada. El calor cada día es más asfixiante en Arizona, así que me apresuro a quitarme los zapatos y a introducirme en el agua mientras, de forma inconsciente, repaso los puntos que tendrá la ceremonia de mañana. El primer paso de todos será prepararnos. Las mujeres

de la aldea se encargarán de mí y los guerreros de Denahi. Sé que llevan trabajando en mi vestido día y noche y que mi rechazo a la ceremonia también las destrozaría a ellas. Hay demasiadas personas pendientes de mí ahora mismo y eso, en el fondo, me hace sentir mal conmigo misma.

Hundo la mano bajo el agua para refrescarme la nuca. Durante unos segundos es suficiente, pero el calor no tarda en volver a asfixiarme. Me levanto para quitarme la ropa y me introduzco en el arroyo. La sensación tan agradable y placentera hace que, por unos instantes, me relaje y no piense en nada más. Simplemente en el presente; en el río, el murmullo del agua que arrastra la corriente y en la paz que proporciona la soledad. Hacía demasiado tiempo que no tenía diez minutos para dedicarme a mí misma y para pensar en tranquilidad.

Levanto las piernas para que mi cuerpo quede totalmente a flote y dejar que la marea me guíe. En este tramo no hay demasiada corriente así que tampoco me alejaré demasiado del lugar en el que he dejado mi ropa. Observo el azul intenso que refleja el cielo un segundo y después cierro los ojos para que el resto de mis sentidos se agudicen. Todo es tan relajante que estoy segura de que podría quedarme de esta manera horas y más horas. Quizás el día completo.

Un sonido ajeno se filtra en mi retiro de paz y tranquilidad. Es un leve chisporroteo que se asemeja al crepitar de las llamas consumiendo leña. Abro los ojos y me incorporo para tocar el suelo con los pies. Observo mi alrededor y veo la hoguera que hay encendida a no más de cinco metros del lugar en el que me encuentro. Intento ubicarme y divisar mi ropa, pero parece que me he alejado lo suficiente como para perderla de vista. En dos brazadas alcanzo la orilla y sin mucho esfuerzo salgo entre las rocas para volver a pisar la arena firme de la tierra. El fuego parece haber sido encendido hace bastante rato, ya que las llamas se encuentran en su máximo esplendor. Me coloco junto a él y siento el calor infernal proyectándose en mi húmeda piel. El fuego parece ganar fuerza por segundos y, no sé porqué, me asusta. En realidad, me aterra. Es como si tuviera la capacidad de engullirme en su interior...

— No puede ser... — susurro, acercándome un paso hacia las llamas.

Sin querer, piso una rama calcinada que la hoguera ha escupido y me abraso la planta del pie. El dolor tampoco logra distraerme porque, una vez más, vuelvo a ver entre las llamaradas aquellos intensos ojos grises mirándome

muy fijamente. Un escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza y no puedo evitar caminar otro paso al frente.

— Hinun...

La voz desconocida me pilla por sorpresa y de forma inconsciente me giro hacia ella. Es Nayeli, claro. ¿Quién sino iba a encender una hoguera en mitad del desierto de Arizona en un día tan caluroso como este? Supongo que, a pesar de su exilio, él también está procurando mantener vivas las tradiciones apaches y está llevando a cabo su propia ceremonia sagrada de los espíritus.

Él me repasa de arriba abajo y comprendo, en ese momento, de que tan solamente voy vestida con las bragas. Trago saliva mientras observo su mirada salvaje y resentida, comprendiendo de forma inmediata que no sólo está dolido con Denahi, sino también conmigo. ¿Por qué? ¿Qué es lo que le he podido hacer yo?

— ¿Hinun? — repito con la voz ronca.

— Hinun... El espíritu de las tormentas...

Alzo la mirada hacia el cielo y compruebo cómo la capota celeste está repleta de nubes que no dejan entrever ningún color. De pronto, siento mucho frío a pesar de mi cercanía a la fogata.

— ¿Qué quieres de mí, Nayeli? ¿Qué te ocurre?

Él sonrío de forma maliciosa.

Sé que, en estos instantes, debería sentir vergüenza. Tiempo atrás no me hubiera imaginado en esta situación; semidesnuda frente a otro hombre que casi no conozco. Pero después de convivir con los apaches durante este tiempo he comprendido que, en efecto, un cuerpo desnudo tan solamente es un cuerpo. Nada más.

— Yo no quiero nada, es él quien te persigue... — explica, señalando de nuevo las llamas.

Vuelvo la vista hacia la fogata y compruebo que los ojos grises del espíritu continúan clavados en mí como si intentara decirme algo con la mirada.

Lo miro fijamente y presiento una atracción invisible que me une a él. Un

vínculo que no comprendo. La primera gota de lluvia, aquella que precede a la tempestad, cae sobre mi hombro desnudo. A pesar de ello, continúo frente al fuego intentando averiguar qué quieren esos intensos ojos grises de mí.

Siento la mano fría y áspera de Nayeli atrapando mi brazo y, sin pensarlo, me giro de forma brusca para encararle. Él sonríe. Parece satisfecho consigo mismo. Como si la escena se estuviera desarrollando tal y como pretendía de antemano.

— Suéltame — escupo con rabia.

— ¿No lo entiendes, verdad, Magena?

Puedo ver las llamaradas de la hoguera reflejadas en su mirada. Con rabia, camino un paso atrás intentando zafarme de él, pero Nayeli no me lo permite.

— Suéltame — repito.

Él sacude la cabeza en señal de negación.

— La gran Magena, la chica águila... ¿De verdad piensas que Denahi se casará contigo por amor? ¿Qué realmente eres su verdadera compañera? — pregunta, justo antes de sacudir la cabeza de forma irónica — . No lo eres. Solamente eres una moneda de cambio.

De alguna forma, sus palabras logran paralizarme como si me hubiera inyectado un dardo venenoso. Nayeli me suelta pero a pesar de ello yo no me puedo mover de donde estoy.

— ¿Por qué dices eso? — murmuro con un hilillo de voz.

— En el fondo lo sabes... — responde con la voz firme mientras, de forma poco disimulada, su mirada recorre mis pechos desnudos — . Denahi nunca te ha amado, Magena, solamente se ha aprovechado de quién eres.

— Yo no soy nadie...

Siento el calor del fuego creciendo a mis espaldas, pero el veneno de Nayeli aún me mantiene paralizada.

— Sí lo eres. Eres la chica águila... Y en el fondo sabes muy bien lo que significa... Durante los siglos, nuestra tribu tan solamente ha contado con

unos pocos guías... Tres en total siempre y cuando contemos a Enola. Las tradiciones son claras y la gente sabe que siempre se debe obedecer al espíritu del guía.

— No te... No te entiendo... — murmuro, aterrorizada.

La sola idea de que Denahi se haya estado aprovechando de mí es capaz de hacerme añicos. Me repito a mí misma que todo esto no es más que un vil engaño, pero en el fondo no ser correspondida me aterra. Me espanta.

— No existía forma alguna de que Denahi pudiera regresar a la tribu. Nadie le hubiera vuelto a aceptar pero... De repente, apareciste junto a él. El pueblo sabe que siempre debe seguir a la guía.

— Yo no soy ninguna guía — replico con confusión.

Nayeli alza una mano y la coloca sobre mi hombro. Yo, aún paralizada, continúo sin moverme. No sé por qué, pero me siento hipnotizada.

— Lo eres. La tribu sabe de tu poder y Denahi se está aprovechando de él para consolidarse como jefe.

— No... — murmuro, incapaz de creer que Denahi pudiera hacerme algo así — , él es el jefe. El cargo le corresponde por herencia.

Siento su mano descendiendo poco a poco hasta mi clavícula. Él me mira muy fijamente. Puedo intuir la lujuria recorriendo sus pupilas, pero sigo siendo incapaz de moverme. Tengo la sensación de que mi cuerpo ha dejado de obedecer las órdenes que mi cabeza le da.

— Se está aprovechando de ti, Magena... Tan solamente quiere tu poder — asegura con convicción — , una vez os unáis en matrimonio, la gente le seguirá a cualquier parte... Pero en realidad siempre será a ti a quien sigan. A la guía.

Sacudo la cabeza en el mismo instante en el que Nayeli coloca su mano sobre mi pecho. Lo recorre con suavidad, descendiendo sobre mi vientre mientras yo continúo de esa manera; paralizada. Quizás sea el terror a que esté diciendo la verdad o quizás mi subconsciente esté actuando de esta manera por el despecho que me ha causado ver a Topanga y a Denahi besándose. Quizás Nayeli tenga razón... Puede que lo único que desee sea volver a

recuperar su poder en la tribu. Que yo no signifique nada para él.

Nayeli tira de mi cuerpo y me enrosca entre sus brazos. Comienza a besarme el cuello con lentitud mientras siento la erección de su miembro chocar contra mi vientre. Él también está semidesnudo; tan solamente vestido con un minúsculo taparrabos de cuero.

— Conmigo las cosas serían diferentes... Yo te ayudaría a guiar el pueblo, pero jamás te engañaría, Magena... No me aprovecharía de ti, créeme...

Sus manos aprietan mis nalgas y su lengua, húmeda, lame mi piel. Cierro los ojos intentando comprender lo que está pasando, pero lo único que mi mente procesa es que Denahi me ha engañado. Todo este tiempo no he sido más que una moneda de cambio para él. Una vía para poder regresar a aquel lugar del que se le había desterrado.

Nayeli aprieta mis nalgas con fuerza, haciéndome regresar a la realidad. ¿Qué estoy haciendo?, me pregunto, esforzándome por abandonar este estado de aletargamiento. Me siento ida. De pronto, comprendo que este olor es muy familiar para mí y que no es la primera vez que lo percibo. También me había sentido así en otras ceremonias y en la cabaña del chamán... Estoy drogada. Nayeli me ha drogado con el humo de la fogata.

— Mírame, Magena... — murmura, apretándome contra él —. Juntos podemos hacer algo grande. No tienes por qué permitir que siga aprovechándose de ti... Podemos regresar a la aldea, unidos y dispuestos a luchar contra él. Dispuestos a derrocar el mandato de Denahi.

Denahi...

Dios. Mi mente no es capaz de procesar nada con claridad y mi cuerpo sigue sin responderme. Me siento mareada y tengo la sensación de que terminaré desmayándome de un momento a otro. Nayeli me besa en la boca. Su lengua se abre paso hasta mi interior y recorre mi paladar inspeccionando todo lo que encuentra por el camino. Intento resistir, pero la droga que inunda mi ser me muestra el recuerdo más doloroso que tengo: a Denahi besando a Topanga. A Denahi traicionándome. De forma instintiva, dejo de resistirme a Nayeli y permito que haga lo que quiera conmigo. Que me toque. Que me bese.

Nayeli me tumba en el suelo, junto al fuego. Me siento tan mareada que ni

siquiera puedo mantener los ojos abiertos. Su cuerpo sudado cae sobre mí, dejando que todo su peso aprisione mis músculos. No puedo moverme y estoy prisionera bajo él.

— Denahi... — murmuro con la voz apagada.

— No, Magena... Yo soy Nayeli. Seré quien te salve — asegura, justo antes de rodear mi cuello con ambas manos — . Seré quien acabe contigo.

No puedo respirar.

Intento liberarme del cuerpo de Nayeli revolviéndome bajo su peso, pero no puedo moverme. Nayeli continúa asfixiándome y siento cómo el terror arrasa con el veneno y la droga, devolviéndome a la realidad. Voy a morir. Consigo sacar una mano desde debajo de su cuerpo y la llevo a mi cuello para intentar zafarme de sus manos. Pero no puedo. Me estoy muriendo lentamente.

— Si tú desapareces del mapa, Denahi dejará de tener poder y el pueblo volverá a seguirme a mí... — susurra muy cerca de mi rostro.

No sé muy bien lo que hago, solamente sé que si no actúo, moriré en segundos. Con todas mis fuerzas, logro incorporarme unos centímetros hasta quedar cara a cara con él. No lo pienso dos veces antes de morder su labio inferior y arrancarle un pedazo de piel de cuajo. El sabor a sangre inunda mi boca mientras Nayeli, muerto de dolor, suelta un grito desgarrador. Aprovecho esos instantes para escabullirme y echar a correr siguiendo la dirección del río. La sangre mancha mi rostro y mi cuerpo. Mientras corro río arriba, siguiendo el caudal en dirección contraria, me siento mareada. Tengo la sensación de que en cualquier instante podría desplomarme y caer rendida, pero me esfuerzo por mantenerme fuerte. Si dejo de correr, Nayeli me matará. Quiere acabar conmigo. Continúo moviendo un pie detrás del otro sin dejar de llorar. Las lágrimas se deslizan por mi rostro, empapándolo y arrastrando la sangre del enemigo que hay en él. ¿Cómo diablos he permitido acabar en esa situación? Cuanto más me alejo de la fogata, más despejada me siento. Es como si poco a poco volviera a ser yo y el veneno fuera desapareciendo de mi interior.

Alcanzo la montaña de ropa que había dejado sobre la orilla y atrapo, sin detenerme, la camiseta y el pantalón. No me da tiempo a coger los zapatos, pero no importa. Eso es lo de menos. Primero tengo que ponerme a salvo

porque sé que Nayeli no se detendrá hasta alcanzarme. Sabe de sobra que si me deja vivir le contaré a Denahi y al resto de la tribu lo que ha pasado, y eso no le conviene en absoluto.

“El cobertizo”, pienso, echando a correr en su dirección.

No sé si funcionará, pero es el único refugio que puedo encontrar en kilómetros a la redonda.

8

Denahi

— ¿Has visto a Magena?

La ceremonia de los espíritus ha terminado hace tiempo y ella continúa sin aparecer. Han pasado horas desde la última vez que la he visto, así que un mal presentimiento comienza a instalarse en mí.

— No, no la veo desde esta mañana... — me responde Kayla, encogiéndose de hombros.

Nashua, que está junto a ella, me dedica una mirada de desdén que yo procuro ignorar.

Desde que he regresado, me he ganado tanto el cariño como el desprecio de la gente. Y una cosa es más que evidente, para bien o para mal, nadie se ha mantenido indiferente con mi regreso.

Mañana se celebrará nuestra unión, así que de forma involuntaria no descarto la idea de que Magena haya optado por abandonarme y dejarlo todo. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿De marcharse sin despedirse? Es evidente que el beso que Topanga me dio le ha dolido, pero si pudiera escucharme sé que me entendería... A fin de cuentas, yo no tuve nada que ver.

Alzo la mirada al cielo cuando las gotas de agua que liberan las nubes comienzan a caer sin control. Parece que la tormenta va a empeorar en cualquier momento, y eso hace que mi agobio se incremente aún más. ¿Dónde diablos se puede haber metido? En cualquier momento anochecerá y...

No, no puede haberme abandonado. No lo haría jamás, de eso estoy convencido.

Cierro los ojos y me masajeo las sienes intentando no perder los nervios. Si ha salido al exterior, tengo que encontrarla. No es seguro. Puede que Los Calaverass hayan alcanzado el pueblo de Cave Creek sin ser vistos y, además, hay que contar con que Nayeli continúa por ahí, resentido conmigo y con aquellas personas que me hayan podido ayudar a regresar. No necesito meditar mucho al respecto para imaginar el odio que el antiguo jefe de la tribu puede procesar hacia Magena.

— Tengo que encontrarla — me digo a mí mismo mientras me subo a la ranchera que le compré al viejo Billy y la pongo en marcha.

¿A dónde iría Magena si quisiera alejarse de todo? ¿Si pretendiera desconectar de aquello que la rodea?

Solamente se me ocurre un lugar posible, así que decido apostar todo a él.

— El río...

La tormenta comienza a descargarse con toda su fuerza. Los rayos relampaguean en el firmamento, amenazando con alcanzar la tierra en cualquier instante. Aprieto los puños alrededor del volante y hundo el pie, a fondo, sobre el acelerador. No sé porqué, pero mi chica apache siempre suele estar detrás de todas las tormentas que se instalan sobre el desierto de Arizona. Y la verdad es que ninguna de ellas arrastra consigo la calma y la paz, más bien todo lo contrario.

Con ansiedad, conduzco mirando al frente sin fijarme en nada más mientras rezo a los dioses porque protejan a la princesa águila. Estoy convencido de que ni siquiera ella es consciente de lo mucho que la amo y de lo importante que es para todos, no solamente para mí.

Estoy a punto de pasar de largo el cobertizo cuando veo una sombra, una silueta ennegrecida, aproximándose a él. Detengo la ranchera de un frenazo seco, obligándoles a las ruedas a derrapar sobre la arena del terreno. Bajo la ventanilla y procuro entrever entre el aguacero qué es lo que está sucediendo y quién es.

“Pasa de largo”, me dice una voz en mi cabeza, “no se trata de Magena”.

Aunque parece la silueta de un hombre y no parece estar acompañado de Magena, mi sexto sentido me dice que no está tramando nada bueno. En

absoluto. Los movimientos de la silueta y su forma de caminar se me hacen peculiares, así que me concentro por ahondar en mis recuerdos hasta que comprendo de quién se trata. Es Nayeli.

Las tierras que rodean el arroyo fueron el lugar en el que transcurrió una de las más grandes y sangrientas batallas que protagonizó nuestra tribu, y desde entonces la arena de este lugar se consideró sagrada. No me extrañaría que haya acudido hasta aquí para llevar a cabo por sus propios medios el ritual de La Ceremonia Sagrada de los Espíritus.

La lluvia cae cada vez con más fuerza, acompañada de más rayos y truenos. Estoy a punto de continuar mi camino y dejar atrás a Nayeli cuando, de pronto, le veo golpear con fuerza la puerta del cobertizo. Tengo un mal presentimiento, así que sin dudar, me bajo del vehículo con el corazón en un puño.

¿Sería capaz el antiguo jefe de la tribu de dañar a Magena tan solamente para perjudicarme a mí?

La respuesta aparece en mi mente de inmediato: sí. Sería capaz de eso y de mucho más, lo sé.

Nayeli arranca la puerta del cobertizo mientras yo corro en su dirección. El viento sopla en mi contra y la lluvia me arrastra, entorpeciéndome el camino. Y entonces veo a Magena. Nayeli la saca a la fuerza del cobertizo y la tira al suelo, golpeándola. Grito de forma ahogada pero tengo la sensación de que mi voz se pierde con el viento y no llega hasta ellos. En ese instante, mientras observo la atroz escena que está teniendo lugar frente a mí, me hago una promesa: si a Nayeli se le ocurre dañarla, no solamente lo mataré. Le torturaré por cada herida, golpe o rasguño que le haya causado.

— ¡MAGENA! — grito con el corazón a dos mil pulsaciones.

No puede arrebátarmela porque ella es todo lo que tengo. Es lo único por lo que me merece la pena luchar cada día.

Corro lo más rápido que puedo. La fría lluvia, acompañada por el viento, hace que mi ritmo se ralentice. Desde aquí, puedo ver a Magena revolviéndose en el suelo mientras Nayeli se abalanza sobre ella. Grito con más fuerza aún y, en ese instante, el antiguo jefe de la tribu comprende que me estoy acercando a ellos. Nuestras miradas se conectan y ambos podemos

intuir las intenciones ajenas; él quiere acabar conmigo, sin duda. Sabía que no iba a olvidarse de todo y a exiliarse sin antes molestar, pero jamás imaginé que pudiera llegar tan lejos con sus actos.

Cuando estoy a punto de alcanzarles, Nayeli echa a correr por el desierto. Sé que se dirige a la nada y que por el este no encontrará más que arena, así que dudo si continuar detrás de él. Pero entonces la veo. Magena, en el suelo, sangrando de la nariz mientras los mechones de cabello mojado cubren su rostro. Me agacho junto a ella y le despejo la cara.

— Dime, por favor, que estás bien...

Ella se echa a llorar de forma desconsolada justo antes de lanzarse a mis brazos.

— ¿Magena? — repito, preocupado — . Dime qué te duele... Por favor.

Siento cómo cada músculo de mi cuerpo tiembla a causa de la rabia y de la impotencia que siento. La aparto de mí unos centímetros para poder inspeccionarla. Parece que ha recibido una patada en la nariz, aunque no tiene pinta de estar rota.

— Lo siento, Denahi... — murmura sin dejar de llorar — , lo siento tanto...

— No pasa nada, tranquila — musito, sin soltarla un solo instante.

— He sido una estúpida...

Le retiro la sangre de la nariz y la aúpo entre mis brazos. A pesar de estar empapada de pies a cabeza, su cuerpo se me antoja ligero como una pluma. Alzo la mirada al cielo y observo cómo las nubes grisáceas se aglomeran sin descanso sobre nuestras cabezas. Al parecer, el temporal no tiene pensado concedernos ni una pequeña tregua.

— Te llevaré a casa — murmuro, justo antes de besarla en la frente.

Mientras caminamos de vuelta a la ranchera de Billy, no puedo evitar pensar en Hinun. Parece que el espíritu de las tormentas está acechándonos últimamente. Según las leyendas apaches, Hinun, hombre de las tormentas, fue el único guerrero de nuestro clan capaz de predecir y controlar los temporales. En épocas de sequías trajo grandes lluvias que sirvieron para

cultivar la tierra del desierto, pero también fue despiadado. Causó grandes temporales e inundaciones y mató de sed y hambre a los clanes enemigos. Un escalofrío recorre mi cuerpo y entre tanto, no puedo dejar de preguntarme qué diablos le puede haber hecho regresar.

9

Magena

Ha llegado el gran día.

Las mujeres de la tribu se han esforzado por dejarme bella, pero mi rostro magullado no ha colaborado demasiado en la tarea. Ya no sangro por la nariz, aunque aún está hinchada y ha adquirido un repentino color amoratado.

Me observo fijamente en el espejo y sonrío al comprobar que la imagen que me devuelve es preciosa. Así vestida es fácil llegar a sentirse como una princesa de cuento de hadas.

Suspiro hondo y me alejo hacia la ventana. Se me hace realmente extraño ver al sheriff Pharell entre la gente de la reserva. Los hombres y las mujeres de la reserva se han vestido con sus ropas tradicionales, aunque en esta ocasión se han pintado con más marcas y colores los cuerpos. No van desnudos, pero hay que admitir que la vestimenta propia de la tribu no es, en absoluto, comparable al traje negro de etiqueta que mi padre ha escogido para la ocasión. Junto a él está Janet, la dueña de la cafetería en la que trabajé cuando regresé a Cave Creek. En realidad, si lo pienso detenidamente, las únicas personas del pueblo con las que me he relacionado desde mi regreso están aquí presentes. La tribu es mi hogar, pese a quien le pese.

El episodio de ayer con Nayeli aún tortura mis pensamientos. He intentado explicarle a Denahi lo que ocurrió, pero él se niega a estropear el día de esa manera.

— ¿Estás lista, Magena?

Ankara, una de las jóvenes de la tribu, ha entrado en la casa para terminar de pintarme el rostro.

Yo asiento de forma inmediata y me dejo caer sobre el bulto de pieles para

facilitarle la tarea. Ella, frente a mí, comienza a dibujar líneas sobre mi frente.

— Estás preciosa — asegura — , y no sabes la envidia que me das. La verdad es que espero ser la próxima en casarme.

No puedo evitar calcular mentalmente la edad aproximada que debe tener. Unos quince o dieciséis años, como mucho.

— Me gustaría ser madre joven y formar mi propia familia — explica, concentrada — , ese es mi mayor sueño.

Intento mantener una mente abierta y juzgarla, pero inevitablemente pienso que es demasiado joven. Que aún le queda mucho que vivir y disfrutar antes de tener sus propios hijos.

— Seguro que te llegará pronto — respondo con la voz apagada.

Intento concentrarme en ella y, por unos instantes, cierro los ojos y rezo porque el águila vuelva a aparecer. ¿Hace cuánto tiempo que no la veo? ¿Hace cuántos meses que no tengo una visión sobre el futuro? No entiendo lo que está pasando, pero sé que algo va mal. Tengo la sensación de que algo, o alguien, está interfiriendo en mis visiones para anularlas. Esto último también lo he hablado en numerosas ocasiones con Denahi, aunque él opina muy diferente. “Durante años has convivido sin ningún tipo de visión, puede que regresar a tu tierra las potenciase y que ahora necesites aprender a controlarlas mejor”. Esa fue su respuesta. Y aunque me gustaría pensar que podría estar en lo cierto, tengo un mal presentimiento.

— ¿Magená? — inquiere Ankara.

— Sí, perdona...

— ¿Estás lista?

Yo asiento y ella, sonriente, me señala la puerta para que salga al exterior. La ceremonia va a comenzar.

Me quedo congelada cuando abro la puerta y observo el exterior. No sé por qué, esperaba encontrar una hoguera encendida en la que danzar sin descanso hasta el amanecer, pero no. No tiene nada que ver. Esto es..., asombroso. No hay bancos y la gente está de pie, pero se han repartido tanto a la izquierda

como a la derecha formando un pasillo precioso. El suelo está decorado con piedras de colores y, al final del pasillito, hay una carpa blanca en la que tanto Denahi como el chamán esperan mi llegada. Mi corazón late con fuerza y por primera vez en lo que llevamos de día soy realmente consciente de que sí, voy a casarme. Voy a casarme con Denahi.

Camino un paso al frente y, cuando lo hago, algunas jóvenes de la tribu comienzan a cantar. Es una melodía suave, lenta y emotiva. Intento dar con ellas y las veo de pie, al fondo de la carpa. No entiendo ni una palabra de lo que dice la melosa canción, pero es preciosa. Camino con el paso tembloroso, sintiéndome sumamente extraña. Pocas veces había pensado en mi futuro y, cuando lo hacía, jamás me había imaginado una boda. Quizás sí me habría gustado creer que conviviría en familia, pero lo de casarme lo consideraba demasiado tradicional y anticuado para alguien como yo. Y aquí estoy. Vestida de novia y cruzando un pasillo para llegar a Denahi y unirme a él en el matrimonio.

Al final del pasillo se encuentra mi padre. Le miro y él me sonrío de forma cariñosa antes de besarme en la frente y de empujarme hacia el altar.

Denahi está de pie, vestido con un traje de guerrero tradicional y cubierto de pinturas blancas. Camino hacia él y cuando me cojo a su mano tengo la sensación de que el suelo desaparece. De pronto, estoy flotando y solamente le necesito a él para sostenerme. Sonríe. Le devuelvo la sonrisa con el corazón encogido y, sin poder resistirme, me pongo de puntillas para besarle.

El chamán carraspea para captar nuestra atención en el mismo instante en el que dos presencias nos colocan una pesada capa en la espalda. Es un manto blanco que nos envuelve. El chamán nos indica que nos sentemos en el suelo y, mientras lo hago, me esfuerzo por recordar qué es lo que venía ahora. Sí, claro. La ceremonia de la pipa. Él habla, pero he dejado de escucharle. Intento concentrarme en Denahi porque, si no, presiento que un impulso me llevaría a salir corriendo de este lugar. El chamán, que hoy se denomina a sí mismo como el portador de la pipa, nos cede la palabra para que digamos nuestras oraciones. Siento cómo mi corazón se acelera aún más y, aunque intento hablar, no consigo decir nada. Denahi desliza su mano hasta la mía y sonrío.

— Empezaré yo — murmura en voz baja antes de comenzar con su oración

— . Desde hace cientos de miles de años, las leyendas dicen que todos los guerreros deben encontrar una estrella que les haga brillar y les complemente, al igual que la luna tiene a su sol. No creía en esas leyendas... Incluso dejé de creer en aquella que nos dice que todos los destinos de todas las vidas que nos quedan están escritos desde antes de nuestro nacimiento. Había perdido la fe en todo hasta que, sin avisar, apareciste tú... Me has devuelto la esperanza.

Tengo la sensación de que las lágrimas terminarán por escaparse de mis ojos por mucho que yo me resista a ello.

— Denahi, yo... — tartamudeo, intentando controlar mis emociones y sentimientos — , yo solo vagaba sola. No tenía un lugar al que llamar hogar ni una tierra que considerar mía. Ahora tú eres mi hogar y, aquella que pises, será mi tierra.

El portador de la pipa asiente y vuelve a comenzar con sus oraciones.

Cuando el chamán termina de hablar nos entrega la pipa que ambos debemos compartir. Al inhalar el humo compruebo que no es precisamente tabaco lo que estoy aspirando de ella. No sé por qué, pero con los apaches uno siempre termina más drogada de lo esperado. Denahi suelta una carcajada tras observar mi mueca de sorpresa y se apresura a coger la pipa. Después vuelven a colocarnos otro manto azul sobre nosotros y todo el mundo se levanta entre vítores. Me giro hacia nuestros espectadores y mi mirada tropieza con mi padre.

¡No puedo creerlo! ¿Está llorando? ¿De verdad el sheriff Pharell se ha emocionado?

Pero entonces mi recién nombrado marido me reclama. Me besa con pasión mientras los gritos de nuestros amigos se intensifican aún más. Todo da vueltas a mi alrededor y tengo la sensación de que mi boda ha pasado en un abrir y cerrar de ojos. Quizás sea los efectos de la pipa, quién sabe.

Denahi rodea mi cintura con su brazo y cruza el pasillo hasta las mesas del banquete para dar comienzo al festín. De camino, nos cruzamos con Jane y compruebo que aunque haya acudido a la reserva sigue opinando lo mismo de los nativos.

— Espero que..., aquí — me dice con cierto desdén — , seas muy feliz,

Maggie.

Yo sonrío y le doy las gracias porque sé muy bien que en el fondo es una mujer noble. Quizás tenga prejuicios, pero la verdad es que ni siquiera es culpa suya. En Cave Creek a uno le educan diciéndole que los nativos de la reserva no saben sumar dos más dos.

10

Denahi

Ni siquiera en sueños podría haber llegado a soñar con que este día fuera tan mágico y especial. El cielo se ha teñido de colores anaranjados, recordándonos que ya ha llegado el comienzo de un nuevo día. Llevamos toda la noche bailando, cantando, disfrutando, bebiendo y comiendo. Para estas alturas mi reina apache está agotada.

Está sentada en el suelo de la arena junto a Kayla. Ambas parecen muertas de sueño, pero se mantienen despiertas contando anécdotas de su infancia en común y riéndose entre dientes.

— ¿Nos vamos a casa? — pregunto con una sonrisa traviesa.

Kayla le propina un pequeño empujón para obligarla a levantarse y yo me apresuro a cogerla en brazos. Mientras nos alejamos hacia nuestra casita, la gente de la tribu con la que nos vamos cruzando nos felicita por nuestra unión. Todo ha salido perfecto y la verdad es que no hemos encontrado ningún contratiempo que no se pudiera solventar. Tan solamente ha habido una cuestión que me ha preocupado, y es que Topanga no haya asistido al enlace. Tengo la sensación de que su rencor hacia mí es mucho más grande de lo que había imaginado.

— Creí que Nayeli quemaría el poblado mientras nos casábamos — me dice Magena con el tono de voz adormilado.

Me sorprende comprobar que, a pesar de su cansancio, ella también está haciendo un balance sobre el día que hemos vivido.

— Yo pensaba que Unkas te suplicaría que te casases con él — bromeo.

Magena me propina un puñetazo juguetón.

— Ya sabes que solamente es mi amigo — refunfuña.

Suelto una carcajada pero, de pronto, veo que su rostro se ha tornado serio. Algo la preocupa.

— ¿Es por Nayeli? Te aseguro que si se atreve a causar problemas por aquí, lo pagará. Además, el sheriff me ha dicho que nos avisará si ve cualquier tipo de irregularidad por su parte.

Ella sacude la cabeza en señal de negación.

— No es eso... — murmura, antes de volver a guardar silencio.

— ¿Entonces qué es? — pregunto, pensando qué otros asuntos pueden haberla preocupado. Quizás Magena también haya notado la ausencia de Topanga — . Si es por Topanga, se le pasará. Solamente está resentida, nada más.

Mi chica apache vuelve a sacudir la cabeza en señal de negación.

— No pasa nada, de verdad — murmura — , olvídale. Ha sido una noche estupenda.

Aunque a regañadientes, opto por dejar el tema.

Abro la puerta con Magena entre mis brazos y pasamos al interior. Las chicas de la tribu han decorado la habitación con flores de colores y han dejado dos cajas encima de la cama de pieles. Dejo a mi esposa en el suelo y, cogidos de la mano, caminamos hasta ellas.

— ¿Qué es? — pregunta con curiosidad.

— Son regalos que nos hacen por nuestra unión — le explico, cogiendo una de las cajas — . ¿Empiezo yo?

Ella asiente en silencio y contempla con curiosidad mi caja.

La abro con lentitud y extraigo de ella un puñal cuyo puño está cubierto por un centenar de piedras preciosas.

— Es el puñal que representa el poder supremo de la tribu...

Magena me acaricia el brazo de forma delicada.

— Eso es porque te quieren como jefe, Denahi. Confían en ti.

De forma involuntaria, una sonrisa de orgullo se ilumina en mi rostro. Puede que, por fin, las cosas comiencen a estar en su caudal y todo pueda fluir con naturalidad. Puede que mi gente vuelva a creer en mí y a depositarme su más plena confianza.

Magena abre su caja y saca de ella un collar que contiene un amuleto tallado en hueso. Cabía esperar que, después de todo, su regalo fuera el símbolo de “la guía”, el águila.

— ¿Qué es? — inquires, mirándome con curiosidad.

— Es el símbolo de “la guía” — explico, admirando la precisión con la que se ha tallado el símbolo sobre el hueso — , es la representación que nuestra gente le da al águila cuando adquiere la forma humana. La guía siempre será capaz de llevar a la tribu a la prosperidad, de cuidarla y de protegerla.

— Por mis visiones... — murmura Magena, alcanzado sus propias conclusiones.

— Entre otras cosas — explico, colocándole el collar alrededor del cuello — , pero principal mente por tu fortaleza.

Una lágrima lenta y silenciosa se desliza por el rostro de Magena. Ella, frustrada, se muerde el labio antes de sentarse sobre la cama.

— ¿Qué te ocurre? — inquiero — . ¿Qué es lo que te preocupa, princesa?

Ella sacude la cabeza en señal de negación.

— No es... nada.

Tomo asiento a su lado y le acaricio la espalda de forma dulce. Parece cansada y realmente agotada. Magena se deja caer sobre mí, apoyando su cabeza sobre mis piernas.

— Venga, cuéntamelo. Por favor... — suplico mientras le masajeo el cuero cabelludo.

Sé que está llorando en silencio. Puedo sentirlo en mis piernas.

— He perdido mis visiones, Denahi... No podré guiar a nadie porque ya no soy capaz de ver nada. Ya no tengo el don.

De forma inconsciente, suelto una pequeña risita.

— Los dones no van y vienen, princesa... O naces con él, o naces sin él. Es así de simple.

Magená guarda silencio y yo la imito, esperando que estos instantes la ayuden a calmarse. La verdad es que es extraño. Durante una temporada sus visiones fueron a más, siempre creciendo. Llegó un punto en el que me preocupé bastante por si ella sería capaz de soportarlo, pero de pronto, frenaron. Y desde entonces no han vuelto a aparecer.

— Sé quién me está quitando las visiones, Denahi... Sé quién lo está provocando.

La observo sin poder creer lo que está diciendo.

— Nadie puede quitarle tu don, Magena. Te aseguro que...

— Ha sido Hinun.

Su confesión me pilla desprevenido.

Intento atar cabos y dar con la explicación que la ha llevado a alcanzar dicha conclusión, pero no soy capaz. ¿Por qué mi esposa piensa que el espíritu de la tormenta la está acechando? ¿Qué es lo que la ha podido empujar a pensar algo así.

— Perdí mi don justo cuando empecé a ver sus ojos en el fuego... — me explica —, cuando llegaron las tormentas. Tiene que estar relacionado, Denahi... No puede ser casualidad.

Sacudo la cabeza en señal de negación antes de responder.

— Estás sacando conclusiones precipitadas — aseguro —, olvídate de todo, cierra los ojos y duérmete. Te prometo que antes o después recuperarás tus visiones para guiar al pueblo.

Ella no responde, pero sé que continúa pensando en ello.

Unos instantes después, su respiración se acentúa aún más confirmándome que por fin se ha quedado dormida. Imaginaba que al llegar a casa tendríamos

otro tipo de encuentro, pero supongo que para eso aún nos queda una vida completa por delante.

Sonrío y me digo a mí mismo que, a pesar de las adversidades, la vida definitivamente será preciosa siempre y cuando ella esté a mi lado.

11

Magenta

Cuando amanezco y abro los ojos estoy sola en la habitación. Debí de caer redonda nada más tumbarme, porque ni siquiera recuerdo cuándo me puse el camisón o cómo llegamos hasta casa. Supongo que puedo atribuir estas lagunas mentales a los efectos secundarios de la ceremonia de la pipa.

Al notar el peso del colgante, me llevo la mano al cuello de forma inmediata. Es el colgante del símbolo del águila, que representa a la guía. A pesar de mis dificultades para recordar el día anterior, esto último lo recuerdo con total exactitud. El hecho de que mis visiones hayan cesado me está atormentando más de lo pensado, sobre todo desde que he descubierto cuál es la razón. Sé que Denahi no le ha dado importancia a mis sospechas, pero aún así estoy convencida de que estoy en lo cierto. Sé que el espíritu de las tormentas está detrás de ello.

Le veo por todas partes. Sus ojos grises aparecen en el fuego e incluso, en mis sueños. Si cierro los ojos, soy capaz de ver a ese ser maléfico que me acecha. Puedo sentirlo. Sé que él está siendo quien confunde mis visiones, quien las anula. Y aunque desconozco las razones que puedan llevarle a hacerlo, no puedo evitar pensar que en cualquier instante “Los Calaverass” pueden aparecer por Cave Creek. Estoy convencida de que si se enteran de mi paradero arrasarán con el poblado llevándose todo lo que haya por delante. No tienen piedad, ni clemencia y no dudarán en acabar con todo si con ello me dan caza. Quieren mi cabeza.

— Buenos días, esposa.

Denahi irrumpe en la estancia con una sonrisa de oreja a oreja. Va vestido, únicamente, con unos vaqueros piratas. No lleva camiseta y tampoco zapatos.

Su fuerte y musculado torso está cubierto de una capa de sudor que delata el calor que debe hacer ya en el exterior.

— ¿Qué hora es? ¿He dormido mucho? — inquiero.

Él sacude la cabeza en señal de negación.

— Aún es pronto, pero Unkas tiene trabajo en el taller y me ha pedido que me encargue de sus tareas en la reserva — me explica —, no tienes que preocuparte. Puedes seguir durmiendo tranquila.

Frunzo el ceño, sorprendida por las palabras de Denahi.

— ¿Unkas tiene mucho trabajo? ¿De verdad?

Mi recién nombrado esposo suelta una risita ante mi escepticismo y, de un salto, se lanza a la cama para caer junto a mí. Sonríe mirándome fijamente, como si se hubiera quedado hipnotizado, y me recoloca un mechón de mi enmarañado cabello detrás de la oreja.

— Sí, parece que la apertura del taller está yendo viento en popa... — me explica mientras, de forma sensual, me besa el cuello con delicadeza.

Suelto otra risita y lo aparto de mí unos centímetros para poder mirarle a la cara. Esperaba que, al despertar,uviéramos tiempo para hablar de todos esos asuntos que se nos están acumulando. Como por ejemplo, de por qué Nayeli intenta matarme para quitarle el mandato. O, también, del beso que Topanga y él se dieron. Son cosas que aún no están aclaradas y creo que, si no las solucionamos cuanto antes, se nos acumularán todavía con más.

— Creo que deberíamos hablar — murmuro, intentando adquirir un aire de seriedad.

Denahi sacude la cabeza en señal de negación y su sonrisa se ensancha. Tiene esa cara picante y dulce que me recuerda tanto al niño que fue en un pasado. Algunas veces, cuando me concentro mucho en recordar, puedo verle en aquellos tiempos, junto a su padre, aprendiendo todo aquello que debía saber para dirigir en el futuro a su pueblo. Es como si tuviera unos prismáticos que pudieran mostrarme con claridad lo que tiempo atrás viví y observé.

— No creo que sea el momento de hablar... — asegura con la voz ronca —,

creo que deberíamos consumir nuestro matrimonio, princesa.

Él se tumba sobre mí y me besa con pasión. Siento sus manos traviesas filtrándose bajo el camisón para poder acariciarme la piel. De un tirón, me arranca la fina tela con la que he dormido, haciéndola mil añicos al instante. Decido escribirme en una nota mental que tengo que hablar con el salvaje de mi marido para prohibirle continuar rompiéndome la ropa. A este ritmo no me quedará ningún camisón que ponerme por las noches.

Denahi se coloca sobre mí y desciende lentamente con un reguero de besos con los que recorre mi cuello, mi clavícula, mis senos y mi vientre. Se detiene a la altura de mi monte de Venus y con lentitud separa mis piernas antes de hundirse entre ellas. Siento su aliento contra mi humedad y puedo intuir cómo una de sus sonrisas traviesas se ha formado en su rostro. Me separa ambos labios antes de besarme. Primero suave y delicadamente, después con más intensidad. Lame mi sexo, obligándome a arquear la cadera y gritar de placer, antes de morder y succionar mi clítoris. Tengo la sensación de que jamás, hasta este instante, había experimentado semejante placer. Gimo. Gimo su nombre y le suplico que no se detenga, que continúe haciéndome disfrutar de esa manera. Un intenso cosquilleo recorre cada una de mis extremidades y grito con más fuerza.

Denahi levanta la cabeza cuando siente que estoy a punto de explotar de placer. Sus pupilas dilatadas revelan la lujuria de su mirada. Se abalanza sobre mí, abriéndome las piernas con las manos. Coloca sus brazos, estirados, a ambos lados de mi cabeza y me observa con pasión y adoración.

— Denahi... — musito.

Él se agacha para besarme. Para comerme la boca. Su lengua inquieta se desliza por mis labios, humedeciéndolos, antes de filtrarse al interior para explorar mi paladar. Mi cuerpo tiembla por el placer y el calor del momento que estoy viviendo. Sin dejar de besarme, mi esposo se deshace de los vaqueros que antes llevaba puestos y no se entretiene más antes de clavarse en mi interior. Tiemblo. Tiemblo de placer en cada investida. Se clava con fuerza, hasta dentro. Inundándome. Reclamándome. Haciéndome suya.

—¡ Denahi, oh...! — jadeo, incapaz de controlarme.

Agarro las pieles de la cama y las aprisiono en el interior de mis puños, intentando controlar las oleadas de placer que me sacuden. Denahi se agacha sobre mí para lamerme un pezón antes de atraparlo entre sus dientes y succionarlo. Grito con más fuerza y él no se detiene, todo lo contrario. El ritmo de las embestidas aumenta mientras dedica su atención a mis pechos. Masajea uno mientras que, el otro, lo lame y disfruta con la boca. Entra y sale, cada vez más fuerte, más salvaje, más intensamente... Tengo la sensación de que me va a romper en dos. Pero él continúa... más y más fuerte...

— ¡Oh, Denahi... por favor...!

Puedo presentir que el éxtasis está a punto de alcanzarme y que, en pocos segundos, estallaré de placer. Él se aprieta con más fuerza contra mí y yo enrosco mis piernas alrededor de su cintura para atraerle en cada nueva embestida. Hasta que, finalmente, estallo. Grito con fuerza mientras todos mis músculos se contraen por el placer haciendo que Denahi también explote.

Nos quedamos en silencio unos instantes, intentando recuperar el aliento. Denahi acaricia mis brazos con la yema de su dedo índice y me susurra al oído lo maravillosa y preciosa que soy. Sonrío de forma absurda y enamorada cuando le escucho y, en ese momento, me siento estúpida por haber dudado anteriormente de él. Sé lo mucho que me quiere y sé que, llegado el momento, abandonaría su mundo y a su gente por mantenerme a salvo.

— Te quiero — aseguro con un hilillo de voz.

Él se aparta lentamente, saliendo de mi interior, para tumbarse a mi lado. Apoyo la cabeza sobre su pecho y escucho los latidos irregulares de su corazón mientras poco a poco mi respiración recupera su ritmo habitual.

— Yo también te quiero, mi princesa apache — me responde — . Te quiero más que a mi propia vida y más de lo que jamás querré a nadie.

Yo suelto una risita nerviosa antes de rodearle con mis brazos.

— ¿Más de lo que querrás a nuestros futuros hijos?

En realidad, no sé muy bien por qué he hecho esa pregunta. Es la primera vez en mi vida que hablo de niños tan a la ligera, dando por hecho que algún día

llegarán al mundo. Hasta ahora, jamás me había llegado a imaginar en mi papel como mamá, mucho menos aún en nuestro papel de “padres” juntos.

— ¿Quieres hijos? — pregunta Denahi con la voz seria.

Supongo que mi pregunta le ha pillado por sorpresa.

Lo medito unos segundos antes de responder y sí, la respuesta es afirmativa.

— Sí, claro que querré hijos — respondo, utilizando un verbo que remarque que estoy hablando del futuro — , algún día.

Denahi me mira fijamente a los ojos. Su semblante está tan serio que no puedo siquiera imaginar en qué estará pensando.

— ¿Lo estás diciendo en serio, verdad?

Algo temerosa, asiento con la cabeza en silencio.

Presupongo que mi afirmación le habrá pillado demasiado desprevenido hasta que, de pronto, su boca se abalanza sobre la mía y me besa con pasión.

— Nada me haría más feliz que un hijo tuyo, Magena — responde con mucha seriedad.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al comprender que, en efecto, mi querido y loco indio no está hablando en futuro, si no en presente. Y eso me lleva a hacerme una pregunta un tanto incómoda... ¿Hace cuánto que tuve mi último periodo?

Todavía en shock, me incorporo en la cama intentando contar las semanas que han pasado. Si mis cálculos no eran erróneos, tendría que haber manchado la semana antes de la ceremonia, lo que quiere decir que tengo un retraso de más de siete días.

— No puede ser... — murmuro en voz baja mientras me apresuro a saltar de la cama.

Denahi me observa boquiabierto sin comprender muy bien qué es lo que está ocurriendo.

— ¿Magena? ¿Me vas a explicar qué es lo que ocurre?

Sacudo la cabeza en señal de negación mientras, apresurada, me visto unos

vaqueros y una camiseta de tirantes. Bajo la atenta mirada de Denahi, recojo mi pelo en una cola de caballo y me calzo unas deportivas. Él continúa observándome con el ceño fruncido, como si de pronto me hubiera vuelto loca.

— Tengo que ir al pueblo... — le explico con rapidez.

Él asiente.

— Vale, vamos...

— ¡No! — exclamo con la voz sobresaltada — . Tengo que ir sola... Cuando venga te lo explicaré, lo prometo.

Denahi sorprendido, asiente. Se desliza entre las pieles, dejando al descubierto su musculosa espalda y sus perfectas nalgas, para rebuscar en los bolsillos de sus vaqueros. Me lanza la llave de la ranchera del viejo Billy y se despide de mí con una sonrisa de oreja a oreja.

— Te estaré esperando en la cama — bromea — vuelve rápido y cuéntamelo todo.

12

Magena

Me subo al asiento del conductor bajo la atenta mirada de los primeros madrugadores del poblado. Les sonrío brevemente, pero ni siquiera soy capaz de cruzar un saludo de “buenos días”. El corazón me late de forma acelerada por mucho que me diga a mí misma que no pasa nada y que tengo que calmarme.

— No puede ser, no puede ser... — murmuro con las manos temblorosas mientras me esfuerzo por meter la maldita llave en el contacto.

Por fin lo consigo. La maldita camioneta arranca su motor petardeando de forma estrepitosa. Levanto la cabeza hacia la luna delantera, preparada para hundir el pie en el acelerador, cuando me topo frente a frente con Nashua, el marido de Kayla. Está mirándome de forma amenazante, quieto e inmóvil frente al capó de la furgoneta.

Trago saliva, pensando en la lista de enemigos que Denahi y yo estamos confeccionando en tan poco tiempo, y me apresuro a bajar la ventanilla.

— ¿Puedes apartarte, Nashua? ¡Tengo prisa! — grito, rezando porque la conversación no termine en una discusión absurda.

Él no se mueve, pero tampoco responde.

Estoy a punto de decirle que si no se aparta a un lado le pasaré por encima cuando, de pronto, se quita de mi camino.

Suspiro hondo y me digo a mí misma que el imbécil de Nashua es lo que menos importa ahora mismo. Sé que tarde o temprano tendré que ocuparme de él o hablar seriamente con Kayla, pero ahora mismo tengo otras cosas en las que pensar.

“No estás embarazada, Magena, relájate”, me dice una voz en mi cabeza mientras hago un esfuerzo por calmarme.

Acelero a fondo mientras recorro el sendero que une la carretera principal con la reserva. La ranchera va dando saltos por el camino rocoso, pero no me importa. No me detengo ni disminuyo la velocidad. ¡Por Dios! ¡Acabo de casarme! Supongo que nadie se sorprendería por un posible embarazo, pero tengo muy claro que ahora mismo no estoy preparada para eso. ¿Cómo cuidar de un bebé si ni siquiera sé cuidar de mí misma?

Paso de largo el taller de Unkas y suspiro hondo cuando, al fin, veo el pueblo de Cave Creek aparecer de fondo. La única farmacia que hay está situada a las afueras, así que paso de largo el centro del pueblo y me dirijo directamente hacia ella. Todavía tengo el corazón acelerado y la respiración agitada. Sé que ponerme nerviosa no cambiará el resultado del test y que perder los nervios no me ayudará en nada, pero la verdad es que no puedo contener la taquicardia que me invade en este momento.

Detengo la ranchera en mitad de la calzada y acciono las luces de emergencia antes de saltar a la carretera. De forma brusca, irrumpo en la farmacia procurando mantener los nervios y dibujar una sonrisa. Pero como no, hoy la suerte no parece estar de mi lado.

— ¡Buenos días, Maggie! — me saluda la dependienta.

Es la amiga de mi padre, la que le lleva a casa las medicinas que toma para la hipertensión. Intento hacer un esfuerzo por recordar su nombre pero la verdad es que no soy capaz de ubicarlo en mis recuerdos. No importa, supongo que eso es lo de menos. Lo que realmente debería preocuparme en estos instantes es que esa mujer verá al sheriff esta noche y le contará que su querida y recién casada hija ha acudido a la farmacia para comprar un test de embarazo.

— Buenos... días... — tartamudeo con espanto.

Se me tiene que ocurrir algo.

— ¿Estás bien, Maggie? Te veo un poco pálida... — me dice, abandonando su puesto detrás de la barra para salir a saludarme — . Estás muy guapa, por cierto... ¡Ah! Y ya me ha contado tu padre lo de la boda... ¡Enhorabuena!

¡Genial!

Dibujo la mejor de mis sonrisas y me apresuro a darle las gracias.

— ¿Qué es lo que querías, querida?

Me apoyo sobre el mostrador y decido emplear la mejor excusa que se me pasa por la cabeza: la falta de recursos de la reserva.

— Pues quería comprar unas cuantas cajas de tampones, compresas, antiinflamatorios... Ya sabes, cosas básicas para las mujeres de la reserva.

La amiga de mi padre sonrío al escucharme y después asiente.

— Me parece estupendo lo mucho que estás haciendo por esa gente, Maggie... La verdad es que creo que era necesario un cambio, que intentasen adaptarse a la sociedad, ¿no crees?

Asiento con un leve movimiento de cabeza y suspiro hondo mientras me digo a mí misma que creo que esta vez saldré bien parada de la escena.

— ¿Quieres algo más, Maggie? — me pregunta la dependienta mientras escanea los códigos de barras y llena una bolsa con los productos que le he pedido.

Se me hace extraño que la gente vuelva a llamarme “Maggie” en vez de Magena. Supongo que en Cave Creek jamás se acostumbrarán a dirigirse a mí por mi verdadero nombre. Es como si, dependiendo del lugar, adaptase una identidad u otra.

— ¡Ah, sí! ¡Casi se me olvida! — exclamo, procurando parecer inocente y despreocupada — . Méteme un par de test de embarazo... Hay un par de chicas con faltas que creen que podrían estar embarazadas y creo que lo mejor será que salgan de dudas.

La amiga de mi padre frunce el ceño y se mantiene un par de segundos en silencio, pensativa.

— Mmm... — murmura para sí misma antes de dirigirse a mí — . ¿Y qué te parece si también meto en la bolsa un par de botes de multivitaminas? Supongo que en la reserva no se alimentarán en condiciones y la variedad es muy importante, sobre todo si están embarazadas.

De forma inconsciente, libero un suspiro de relajación y asiento.

— Me parece una idea estupenda, sí.

Salgo de la farmacia y me apresuro a regresar a la ranchera con paso acelerado, preguntándome mientras tanto cuál será el mejor momento para salir de dudas y hacerme el maldito test.

— Ahora... — me digo en voz alta, decidida a no regresar a la reserva sin antes saber si estoy embarazada o no.

De forma inconsciente, me llevo una mano al vientre y cierro los ojos. No sé muy bien qué estoy haciendo pero supongo que trato de intuir el resultado del test antes de hacérmelo. ¿No debería saber si estoy embarazada o no? ¿No se supone que las mujeres tienen una especie de sexto sentido con estas cosas?

Suspiro hondo. Supongo que yo no soy una mujer normal.

Mientras arranco la camioneta con la intención de dirigirme hacia la cafetería de Janet, pienso en mis visiones. Ahora mismo no estaría nada mal poder ver el futuro y saber qué será de mí. Tengo que decidir cómo actuaré si ese maldito test sale positivo... ¿Sería capaz de mirar a los ojos a Denahi y decirle que he decidido perder a su bebé? ¿Tendría el valor de criar a un bebé?

Detengo la ranchera con todas esas inquietudes rondándome por la mente. Supongo que lo primero de todo es descubrir el resultado y, después, ya me preocuparé por tomar una decisión. Denahi tendrá que respetar mis deseos, le gusten o no, y apoyarme en cualquiera de los dos casos.

Paro el motor.

El plan es pedir una coca-cola, ir al servicio y hacerme el maldito test cuanto antes. Desvío la mirada hacia la cristalera y compruebo que el local, ahora mismo, está hasta arriba. Desde luego, hoy no es mi día en absoluto. Durante el tiempo que trabajé en la cafetería pasé tardes enteras yo sola, sin siquiera cruzarme con un solo cliente. Y hoy, que necesito paz y tranquilidad, el local parece estar a reventar.

— No seas cobarde... — digo en voz alta mientras me meto un test en el bolsillo.

Me bajo de la ranchera.

“Unos minutos más y tendrás la respuesta” me digo a mí misma mientras, de

forma inconsciente, me repito que saldrá un negativo. Seguro que el periodo se me ha retrasado por los nervios de la boda y por el cambio de alimentación. He de confesar que la farmacéutica tenía razón; en la reserva no se come demasiado bien y seguro que todo se debe a que sufro alguna anemia o algo similar.

No he terminado de cruzar la calle cuando me detengo en seco.

De pronto, el aire de mis pulmones empieza a tornarse caliente; abrasándome las entrañas. No puedo respirar. Me estoy asfixiando.

A través de la cristalera, observo fijamente las espaldas de los clientes que llenan la barra del local. Algunos más altos, otros más bajos, más gordos, más flacos... Pero todos van igual vestidos. Todos llevan una chaqueta de cuero negra con una Calaveras gigante en sus espaldas. Y todos, pertenecen a la misma banda: Los Calaverass.

Estoy paralizada. Jamás hasta ahora me había pasado algo parecido, pero no puedo moverme. El miedo ha paralizado mi instinto de supervivencia impidiéndome salir corriendo de este maldito lugar.

¿Qué es lo que me está pasando? ¿Por qué mis visiones han dejado de aparecer? ¿Dónde diablos se ha metido el maldito águila ahora que la necesitaba?

Uno de ellos está pagando y se levanta de la barra. Van a salir. Van a salir de la cafetería de Janet y me van a encontrar aquí plantada en mitad de la carretera.

“Tienes que huir, Magena”, me dice una voz en mi cabeza, “tienes que salir de este maldito lugar cuanto antes”.

Se levantan y se dirigen a la puerta, pero justo en ese instante mis pies deciden obedecer las órdenes que estaban recibiendo de mi cerebro y empiezan a funcionar. Echo a correr hasta la ranchera del viejo Billy y me refugio en el interior con la cabeza a punto de estallarme.

— Joder, joder, joder...

Aún siento el test de embarazo guardado en mi bolsillo. Es como si la maldita cajetilla en la que viene guardado pesase lo mismo que un lingote. Van a matarme, y supongo que estar cerca de la muerte siempre hace que uno se plantee las cosas desde una perspectiva muy diferente, ¿verdad? ¿Cómo

demonios había podido ser tan estúpida de pensar que iban a dejarme en paz? ¿Qué no volverían a buscarme?

La chica de la estación de tren aparece en mi cabeza. Temblorosa, rememoro ese instante en el que arrojaron su cadáver inerte a las vías del tren.

— ¡No quiero morir...! — balbuceo con una lagrimilla recorriéndome la mejilla.

Arranco la ranchera.

Embrago la primera marcha pero, mi pierna tiembla tanto, que el vehículo termina calándose.

A pesar del miedo que recorre mis entrañas, miro a través de la ventanilla y compruebo que la maldita banda que quiere acabar con mi vida ha salido al exterior. Si girasen la cabeza hacia la derecha me verían aquí sentada, llorando de forma desconsolada mientras procuro patéticamente arrancar la maldita camioneta. Pero no lo hacen.

Pruebo una segunda vez. Embrago con la pierna temblorosa pero evito que el pedal se suelte de manera brusca y la ranchera termina saliendo lentamente hacia delante. Les observo a través del retrovisor central; están hablando tranquilamente en la entrada de la cafetería.

— Papá... — murmuro en voz baja, observando cómo sus siluetas se van haciendo más minúsculas según me voy alejando.

Sí, supongo que esa será la siguiente parada de “Los Calaverass”. Acudirán a buscarme a mi hogar de la infancia para intentar dar con mi paradero. Con un poco de suerte no conseguirán dar con el sheriff, ya que seguramente, a estas horas, ya estará en la comisaría encargándose del papeleo. Pero eso tampoco les detendrá. Removerán mar y tierra y levantarán cada maldita piedra de Cave Creek si es necesario.

“Tengo que marcharme de aquí”, pienso.

Y ya no solamente por mí, sino por Denahi y todas las personas que habitan en la reserva. Sé que si me quedo tan solamente conseguiría causar problemas. Todo terminaría en una desgracia sangrienta y en una primera plana en el periódico.

Intento dejar de llorar mientras circulo por la general que une el poblado con

la reserva. El corazón me va a mil por hora y las extremidades continúan temblando sin control. Una vez más, rememoro esos enormes y redondos ojos grises que me observaban atentamente a través del fuego. Los ojos de Hinun. Del espíritu de la tormenta. Cada vez cobra más sentido que la falta de mis visiones haya sido causada por su repentina presencia.

De pronto, la camioneta pega un bote y decelera. Observo el marcador de velocidad y veo cómo la aguja comienza a descender lentamente mientras el vehículo se va frenando.

— ¡No, no, no! — grito, presionando con todas mis fuerzas el pedal de aceleración — . Por favor... ¡Por favor!

Pero tanto mis suplicas como mis golpes al volante y al pedal son el vano. La ranchera termina frenándose en el arcén de la carretera mientras yo, llorosa e histérica a partes iguales, intento descifrar qué diablos puede estar ocurriéndole.

Reviso el panel de mando en busca de algún testigo encendido que pueda arrojar luz al asunto, pero mi búsqueda no se demora demasiado. ¿Cómo he sido tan idiota de no haber previsto que me estaba quedando sin gasolina?

— Gasolina... — me digo en voz alta mientras la imagen de Unkas aparece en mi cabeza.

No debe de faltar mucho para llegar a la gasolinera del viejo Billy. Tal vez un par de kilómetros... Me bajo de la ranchera y miro a ambos lados de la carretera. No parece haber nadie y no escucho ningún sonido cercano, así que supongo que salir corriendo e intentar llegar lo antes posible al taller será mi opción más sensata.

Con un nudo en el estómago y el rostro repleto de lágrimas, echo a correr, obligándome a no mirar atrás mientras muevo un pie detrás del otro.

13

Denahi

Aún estaba tirado en la cama cuando las mujeres más mayores de la tribu han acudido a traer las bandejas con el desayuno. Es una de las tradiciones de nuestro clan, así que nunca fallan. Me alegra que Magena se haya marchado sin desayunar y espero que no tarde demasiado en regresar y que esté hambrienta, ya que tenemos comida para subsistir al menos durante un mes. Y a raíz de eso, me pregunto: ¿a dónde diablos habrá ido mi princesa apache?

Ya he cumplido con las tareas de Unkas, lo que significa que durante las siguientes veinticuatro horas a lo único que me dedicaré será a ella. A mi Magena. A mi mitad. Todavía se me antoja un sueño que después de tanto, ahora mismo seamos marido y mujer.

Recuerdo perfectamente aquel día en el que la volví a ver después de tantos años. Fue en la cafetería de Janet. Yo todavía estaba intentando adaptarme a la sociedad y asimilar la condición de destierro que Nayeli me había impuesto. Día sí y día también me despertaba deseando acudir a la reserva para suplicarle que me dejase regresar, pero al final siempre desistía y me quedaba en la casita amarilla que tiempo atrás creí que sería mi nuevo hogar. Haber renunciado al mandato era algo que me avergonzaba muchísimo, así que arrastrarme para poder regresar se me hacía insoportable. ¿Cómo iba a vivir con aquella lacra sobre mí? ¿Cómo podría soportar mirar a las personas de mi alrededor sabiendo que les había fallado? Pero vivir en el exterior tampoco era sencillo. La sociedad en Cave Creek era muy diferente a la que yo conocía en la reserva y no sabía muy bien cómo encajar en ella. Pronto descubrí que si uno quería integrarse en aquel nuevo mundo, lo primero que precisaba era tener dinero. Las reglas no eran muy diferentes a las de la reserva; aquí, en la tribu, convivimos con el trueque. Cada persona tiene una ocupación y una tarea que después podrá intercambiar por otra. Por ejemplo,

las costureras intercambiarán las prendas por la comida que el cultivador habrá recogido. Y de esa manera se crea un ciclo que abastece a todas las personas del poblado. En Cave Creek todo, absolutamente todo, se obtenía a cambio de dinero. Durante semanas subsistí como pude, pero finalmente terminé realizando algunos trabajos para ganar dinero. Cargaba y descargaba camiones, ayudaba en la tienda de ultramarinos o me dedicaba a pequeñas chapuzas. Lo suficiente para salir adelante y conseguir sobrevivir en esa nueva sociedad.

Y entonces apareció ella; Magena.

Tenía el cabello enmarañado, la ropa sucia, estaba delgada, pálida y parecía muy cansada. Aún así, estuve convencido de que no podía existir una mujer más bella que ella. Era preciosa. No la reconocí hasta que la mujer de la cafetería la llamó “Maggie”, y justo en ese instante comprendí que aquella chica debía de ser la hija de Enola. Magena. Creo que no necesité más de dos segundos para enamorarme de ella y comprender que, a su lado, todo podría volver a tener sentido. Conseguir un trabajo y cuidarla. Estaba convencido de que si conseguía adaptarme a aquel pueblo de vaqueros, entonces ella me daría una oportunidad. Tendría que hacerlo.

Dos golpes secos contra la puerta principal hacen que mis recuerdos vuelvan a caer en lo más profundo de mi subconsciente.

— ¿Qué ocurre? — pregunto mientras me dirijo hacia ella.

Si fuera Magena no habría tocado la puerta, pero me extraña que alguien del poblado acuda a molestarnos en nuestra primera mañana como marido y mujer.

— Tenemos que hablar, Denahi...

La voz ronca y poco amigable de Nashua llega desde el otro lado.

Me apresuro a abrir la puerta, extrañado.

— ¿Qué es lo que pasa? — repito, esta vez con un tono malhumorado que evidencia que no es bien recibido en mi hogar.

Nashua parece incómodo.

— Vamos... Tienes que venir a mi casa — me explica de forma cortante.

No sé qué es lo que está pasando, pero tengo un mal presentimiento al respecto. Algo no termina de gustarme.

— Tendrás que explicarme para qué, Nashua — respondo de forma cortante — , como comprenderás, hoy no es un buen momento. He decidido tomarme unas horas para descansar y disfrutar de mi esposa.

El marido de Kayla no parece muy contento con mi respuesta. Resopla de forma desesperada pero, finalmente, algo parecido a una sonrisa aparece en su rostro.

— Creo que querrás saber lo que está pasando, Denahi... Más aún si tiene que ver con tu querida y adorada Magena.

Escuchar el nombre de mi mujer en los labios de él me resulta desagradable. Sé muy bien que tanto Nayeli como Nashua serían capaces de cualquier cosa por verme desaparecer de la reserva. Me lo pienso un par de veces, pero finalmente termino abandonando mi hogar y cerrando la puerta tras de mí.

— Solamente tienes dos minutos, Nashua... ¿Queda claro?

Él ni siquiera se molesta en responder.

Mientras caminamos hacia el hogar que comparte con Kayla, alzo la mirada al cielo para observar los nubarrones grisáceos que se están formando sobre nuestras cabezas. Es increíble lo inestable que se está comportando el clima en estas últimas semanas. Más aún teniendo en cuenta que Magena ha dejado de tener visiones desde hace un tiempo.

Algunas de las mujeres más ancianas de la tribu dicen que se debe a los efectos secundarios que ha dejado el águila antes de pasar de largo. Otras muchas siguen pensando que todo esto es culpa de Hinun, del espíritu de las tormentas. Sus ojos grises son, quizás, su característica más fuerte. A lo largo de los tiempos los ancianos de nuestra tribu han ido retransmitiendo a las nuevas generaciones que Hinun aparece en el fuego en tiempos difíciles y que se le reconoce porque siempre deja ver sus enormes y redondos ojos grises. Puede que Magena y las otras mujeres tengan razón y que su espíritu nos esté rondando, no lo sé.

— Pasa — me pide Nashua, abriéndome la puerta de par en par.

Respiro hondo, armándome de paciencia, y me adentro en el interior.

Tengo la sensación de que sea lo que sea que quiera decirme, no me gustará lo más mínimo.

Reviso la estancia en busca de Kayla pero, para mi sorpresa, no solamente no la veo a ella, si no que me encuentro con la última persona que esperaba hallar en este lugar.

— ¡Tú! — grito, lanzándome sobre Nayeli.

Él, paralizado, se queda inmóvil mientras yo rodeo su cuello con mis manos. El solo hecho de recordar lo que intentó hacerle a mi Magena hace que la sangre hierva de rabia en mis venas. ¿Qué diablos pretendía al presenciarse en la reserva? ¿De verdad pensaba que iba a permitir que se marchase a sí, sin más? ¿O que después de todo tendría la paciencia de hablar con él a buenas?

Nayeli hace unos ruidos incomprensibles mientras se asfixia. Yo aprieto aún más, sintiendo cómo la vida se le va escapando poco a poco.

— Si yo fuera tú no lo mataría — asegura Nashua, sentándose con calma en una de las sillas del fondo — , vas a querer escuchar lo que tiene que decir.

Veo sus ojos inyectados en sangre y lo único que me transmiten es rabia. Rabia, cobardía y repulsión. Al final, haciendo uso de todo el autocontrol que salvaguardo en mi interior, consigo soltarle.

— Tienes un minuto para decirme lo que hayas venido a decir — le advierto con el tono de voz cargado de odio — , después te marcharás y no volverás a aparecer por aquí. Nunca más.

Nayeli, que ha caído al suelo en cuanto le he soltado, empieza a toser. Se arrastra por la madera del suelo para apartarse de mí y respira hondo intentando recuperar el aliento. Le miro muy fijamente mientras espero algún tipo de explicación por su parte.

— Te lo diré... — murmura con la voz aún áspera — , pero tendrás que dejarme regresar a la reserva.

Su mirada se clava en mí y, por segunda vez, vuelvo a tener ese maldito presentimiento de que algo muy malo está por venir. No sé qué es lo que tiene que decirme, pero puedo intuir que es muy grave. Si no lo fuera, jamás se atrevería a pedir su regreso al poblado.

— Ni lo sueñes — respondo, irritado, mientras me acerco a él de forma amenazante.

Estoy cansado de sus juegos absurdos y quiero saber ya qué es lo que ocurre. Magena está en Cave Creek, sola, y el solo hecho de pensar que pueda estar en peligro consigue hacer que tiemble de miedo.

Nayeli sonrío de forma diabólica, provocándome un escalofrío.

“¿Qué sabe?”, me pregunto a mí mismo. “¿Qué le ha dado la esperanza de que pueda permitirle regresar?”

— Muy bien... Como tú quieras... — responde, levantándose con esfuerzo del suelo —, les diré a ese grupo de moteros que pueden acercarse al poblado para hablar contigo... Parecen muy interesados en encontrar a tu chica, ¿sabes?

Sus palabras me hielan.

No puede ser. No pueden estar aquí.

— ¿Dónde... dónde les has visto? — pregunto con la voz temblorosa.

Siempre habíamos contado con las visiones de Magena para prever su llegada, pero... Pero aquí están. Al final han llegado hasta nosotros sin ser vistos.

“Tengo que ir a buscarla”, me digo a mí mismo mientras los nervios y el miedo comienzan a apoderarse de mí.

— Desde primera hora de la mañana han estado preguntando por ella en todos los locales... Solamente es cuestión de tiempo que alguien les diga que ahora vive aquí.

Intento recordar la forma en la que Magena se ha ido esta mañana. No me ha explicado a dónde iba ni por qué. ¿Podría haberme ocultado una de sus visiones? ¿Sabría ella que la estaban buscando y se ha marchado para intentar protegerme a mí y al resto de la tribu?

— No sé qué es lo que ha hecho tu chica para que esa banda la esté buscando, pero estoy convencido de que a nuestra gente no le gustará saber que su nueva líder está trayendo problemas del exterior — interrumpe Nashua, quien hasta ahora se había mantenido en un segundo plano —, tendréis que

marcharos, Denahi. Es lo que habría hecho tu padre.

Ignoro al marido de Kayla y camino un paso adelante para encarar a Nayeli. Nuestros problemas son únicamente nuestros y esto está siendo un golpe bajo a traición.

— Escúchame bien, Nayeli — murmuro con la voz contenida — , te vas a marchar ahora mismo. Tú ya no eres nadie aquí, ¿me oyes? No eres nadie ni lo vas a ser jamás.

Aspiro y respiro hondo, procurando calmarme y no perder los papeles. Sin decir nada más, me doy la vuelta y camino hacia la salida. Ahora mismo ni el antiguo jefe del clan ni Nashua me importan demasiado; todo lo que necesito saber es que Magena está bien.

Con el corazón en un puño, regreso hasta nuestra casa para comprobar si ha regresado. No es así, así que solamente puedo hacer una cosa: salir a buscarla.

No permitiré por nada del mundo que “Los Calaveras” den con ella y me la arrebaten. No ahora que hemos comenzado una nueva vida juntos.

14

Magena

Por fin consigo ver el cartel del taller a pocos metros de distancia. Todavía está lejos de mí, pero vislumbrarlo hace que enfoque las cosas de otra manera y saque energías de mi interior para poder continuar corriendo sin detenerme.

La lluvia ha comenzado a descargarse sobre mi cabeza; pero no importa. El calor del desierto era tan asfixiante que sospecho que, si no hubiera comenzado a llover, habría sido incapaz de correr durante tantos kilómetros sin desmayarme.

Siento los latidos de mi acelerado corazón en mis oídos y me cuesta respirar. De pronto, una oleada de arcadas me obliga a detenerme para vomitar. Me coloco de cuclillas y expulso todo lo que contiene mi estómago sobre el asfalto de la carretera. Una capa fría de sudor me hace tiritar mientras, con el reverso de la camiseta, me limpio la boca.

“No pierdas el tiempo, Magena”, me repito, intentando recuperar la fuerza y continuar.

El cartel que señala el taller de Unkas no está lejos. Tan solamente necesito realizar un pequeño esfuerzo más y habré llegado hasta él.

Respiro hondo y me preparo para continuar corriendo bajo la lluvia. Una última carrera y estaré allí, con mi amigo. Seguro que él podrá ayudarme.

Un relámpago ilumina el firmamento grisáceo en el mismo instante en el que alcanzo la gasolinera y un nombre aparece en mi cabeza cuando escucho el sonido del trueno retumbando en el desierto: Hinun.

— ¿Magen?

La voz de Unkas suena como una melodía.

Corro los metros que me separan de él y, sin pensármelo, me lanzo a sus brazos mientras me deshago en un mar de lágrimas.

— ¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa? — me pregunta asustado.

Unkas me envuelve entre sus brazos de forma cariñosa y por primera vez desde que he estado frente a la cafetería de Janet, me siento a salvo.

— Dime qué ocurre, Magena — insiste con nerviosismo.

Estoy a punto de responderle cuando las veo.

Están aparcadas frente al taller de Unkas, todas en fila. Son las motocicletas de “Los Calaveras”.

— ¿Cómo..., cómo han acabado aquí? — tartamudeo mientras las señalo de forma acusatoria con el dedo índice.

Unkas, extrañado, se encoje de hombros sin comprender mi pregunta.

— Llegaron ayer por la noche... Al parecer han hecho un viaje muy largo, así que me las han dejado que les haga una puesta a punto — me explica mientras camina alrededor de las motos — . ¿No te parece genial, pequeña Magena? Parece que, después de todo, el taller va a conseguir salir adelante...

Sacudo la cabeza en señal de negación.

Muy bien, si las motos están aquí, es que “Los Calaveras” no tienen medio de transporte para salir de Cave Creek. Eso es un punto a mi favor. Creo que si me doy prisa tendré el tiempo suficiente para regresar al poblado y avisar de esto a Denahi. Podríamos coger lo más imprescindible y regresar a por la ranchera con un bidón de gasolina. Sí, podría darnos tiempo.

Dejar el poblado no será sencillo, pero sé que Denahi lo entenderá... Si no nos vamos, muchos inocentes saldrán heridos por mi culpa. Gente que no se merece tener que sufrir las consecuencias de mis actos.

Bajo la atenta mirada de Unkas, me filtro en el interior del taller y rebusco sobre la superficie de la mesa de trabajo hasta dar con un objeto punzante. Un destornillador será más que suficiente.

— ¿Qué estás haciendo, Magena? — me pregunta.

Me acerco a las motocicletas y me agacho sobre la primera. Con todas mis fuerzas, hundo el destornillador en la rueda delantera y vuelvo a repetir mi gesto una vez más para asegurarme de que esté pinchada.

— ¡MAGENA! — grita Unkas, histérico, llevándose las manos a la cabeza
— . ¡Joder! ¿Pero qué te pasa?

Levanto la cabeza y observo a mi amigo a través de mis ojos acuosos.

— Están aquí por mí, Unkas... — le explico, clavando el destornillador en la siguiente rueda — , han venido a matarme.

Él, boquiabierto, me observa de hito a hito sin saber muy bien qué decir.

— ¿Cómo...?

— Unkas — le interrumpo — , necesito que me dejes tu coche. Tengo que regresar al poblado cuanto antes, ¿lo entiendes?

Él, aún boquiabierto, me observa sin responder.

Me apresuro a pinchar la última rueda y, después, le propino una fuerte patada a la última moto de la fila, de manera que el resto van cayendo como piezas de un dominó.

Unkas parece petrificado, así que me acerco a él y lo zarandeo por los hombros.

— Tu ranchera... ¿Dónde está? — repito.

Él sacude la cabeza en señal de negación.

— Se la dejé a los hombres de las motos, Magena... No tenían cómo ir hasta el poblado y necesitaba ganar algún cliente... Además, un retrovisor de una de esas motocicletas vale lo mismo que la ranchera, así que...

— ¡Mierda! — exclamo con ansiedad.

La situación acaba de dar un vuelco por completo.

Llegados a este punto, tan solamente me quedan dos opciones: la primera es regresar hasta la ranchera con un bidón de gasolina y volver a ponerla en marcha. La segunda es continuar mi camino hacia el poblado y rezar porque Denahi tenga un plan mejor que el mío.

— Si no hubieras pinchado todas las ruedas podría haberte llevado en una de las motos, pero...

— Eso ya no me ayuda en nada, Unkas — respondo, deshaciéndome en un mar de lágrimas mientras otro relámpago ilumina el firmamento — . Tengo que llegar al poblado...

Unkas se acerca hasta mí y me envuelve entre sus brazos. Veo su larga trenza caer por su espalda y, por unos instantes, me siento como esa niña asustada que fui en un pasado. Esa que veía a su madre perder la cabeza y a su padre gritar cada día, esa que no sabía cómo solventar los problemas que se cernían sobre ella. Vuelvo a sentirme impotente, asustada y perdida en la vida.

— Tranquila, pequeña Magena... Tienes que calmarte.

Entonces escucho el sonido traqueteante del motor de una motocicleta aproximándose a nosotros y, apresurada, me deshago de los brazos de Unkas para asomarme a la carretera.

“No puede ser”, pienso, mientras veo cómo poco a poco se va aproximando a nosotros.

15

Denahi

La motocicleta de la reserva no es, precisamente, un avión. Este viejo trasto ha servido durante años para transportar los cultivos desde los campos al poblado, pero no ha realizado más trayectoria que esa. Avanzo lentamente hacia Cave Creek cuando la veo de fondo.

— ¡Denahi!

La voz de Magena hace que mi corazón, aliviado, dé un vuelco. Respiro profundamente al comprobar que está bien y me esquinó en el arcén de la vieja gasolinera de Billy. Unkas está junto a ella y la verdad es que ninguno de los dos parece haber sufrido ningún daño.

— ¿Estás bien? — pregunto mientras me bajo de la motocicleta.

Ella se lanza a mis brazos y yo la envuelvo contra mi cuerpo. Está empapada de pies a cabeza, fría y tiritando.

— Estoy bien... — asegura con un hilillo de voz.

Miro hacia Unkas y compruebo que su rostro delata desconcierto, lo que me hace intuir que mi princesa apache ya sabe que Los Calaverass están aquí, en Cave Creek.

— Tenemos que regresar al poblado — le digo de forma brusca y apresurada — , no podemos entretenernos.

Magena niega rotundamente con la cabeza.

— No podemos regresar — asegura — . Ya han llegado, Denahi. Están aquí

y en cuanto...

— Lo sé — la corto, acariciando su rostro con delicadeza. Está nerviosa y sé que tiene miedo — , pero no podemos abandonarles, Magena. Ahora también son tu pueblo.

Ella vuelve a sacudir la cabeza en señal de negación.

— Razón de más para marcharnos... Por favor — suplica, sujetándome del antebrazo con desesperación — , por favor...

Unkas, de fondo, observa la escena sin comprender qué es lo que está pasando.

— Piénsalo bien — le digo con voz calmada — . Esos tipos no tardarán demasiado en enterarse de que eres la esposa del jefe de la tribu. ¿Y qué crees que ocurrirá cuando lo sepan?

Magena medita sobre mis palabras unos instantes hasta que, finalmente, su rostro se transforma en una mueca de espanto.

— Exacto — continúo — . Irán al poblado y arrasarán con todo hasta dar contigo. No podemos marcharnos sin antes poner en sobre aviso a nuestra gente, Magena.

Mi chica apache tarda unos instantes en reaccionar pero, al final, entra en razón y asiente. No importa lo asustada que esté ni el miedo que la corroa; Magena es valiente. Siempre lo ha sido y, por esa razón, hoy está donde está. Conmigo.

— Chicos... — nos corta Unkas, cuyo rostro parece sacado de una película de terror — . ¿Qué hago yo?

No necesito darle muchas vueltas al asunto antes de responder.

— Cierra el taller y pide ayuda. Llama por teléfono a la comisaría y habla con el sheriff Pharell. Cuéntale que tenemos problemas y que necesitamos ayuda... Nosotros iremos directamente a la reserva y, en cuanto lleguemos, mandaré a alguien a por ti.

— ¿Quieres que mande a la policía al poblado? — inquiera con desconcierto.

Puedo ver en el rostro de Magena que a ella tampoco le hace mucha gracia el hecho de implicar a su padre en estos asuntos, pero no veo otra salida posible.

— Tenemos que hacerlo — aseguro, procurando transmitirle que es la decisión correcta — . Mandaré a alguien a buscarte, Unkas. No te distraigas y llama ya. Ahora mismo. ¿Entendido? — pregunto mientras me vuelvo a subir en la moto.

Magena toma asiento detrás de mí y envuelve mi cintura con sus brazos. Arranco sin perder el tiempo y vuelvo a ponerme en marcha en dirección a la reserva. Sé que muchas personas no estarán de acuerdo con que la policía interceda en nuestros asuntos, pero dudo mucho que ninguno de los miembros de la tribu llegue a comprender la gravedad de la situación. Están a punto de atacarnos y, ahora mismo, no vivimos en la época de nuestros tatarabuelos. No podemos enfrentarnos a Los Calaverass a lomos de una yegua y con una lanza en la mano, así que nuestra única opción es esa: que la policía acuda antes de que ellos nos den caza. No tenemos muchas más opciones.

Supongo que, unos años atrás, ni siquiera el sheriff habría acudido en nuestro rescate. Tampoco le culpo, pues nosotros mismos nos hemos excluido de la población de Cave Creek. Pero ahora que Magena forma parte de nuestra reducida población, el sheriff Pharell no dudará ni un segundo.

— ¿Crees que llegarán antes que ellos?

Me pregunta mi chica apache.

— Lo único que sé es que nadie te pondrá la mano encima — respondo por encima del ruido del motor.

Unos diez minutos después llegamos al poblado.

Para nuestra sorpresa, aquí se respira paz y tranquilidad. Quizás, incluso, demasiada. Había esperado que Nayeli revolucionase el poblado con falsas acusaciones e inculcando el miedo, pero supongo que por una vez en la vida, ha tenido la decencia de comportarse y de no empeorar las cosas.

— Denahi... — musita Magena mientras inspecciona nuestro alrededor — , ¿no crees que esto está..., muy silencioso? No escucho nada.

Sí, tiene mucha razón.

De forma protectora, la coloco detrás de mí. No se escucha nada en la calle y tampoco parece provenir ningún sonido del interior de las viviendas. Me percató de que más de una puerta está medio abierta, como si los propietarios hubieran abandonado su hogar corriendo, sin mirar atrás.

— ¡Magená! ¡Denahí! — exclama Kayla, asomada en la ventana de su casa.

Desaparece en el interior y, unos instantes después, reaparece en la puerta principal. Tanto Magená como yo nos apresuramos en ir hasta ella. Puedo sentir el nerviosismo y la tensión flotando en el aire mientras Kayla, con su bebé en brazos, comienza a llorar de forma desconsolada junto a Magená.

— Nayeli ha regresado... — explica con la voz temblorosa — . Dice que habéis traído la muerte hasta el poblado y que por eso Hinun ha estado apareciendo en los fuegos de las tierras sagradas... Dice que una banda vendrá al poblado y nos matará a todos por vuestra culpa.

Mi esposa y yo intercambiamos una mirada tensa.

— ¿Dónde está? ¿Y dónde está la gente, Kayla?

El pequeño que tiene en brazos también presiente la ansiedad que se respira en el ambiente y comienza a llorar.

— ¿Es verdad, Denahí? ¿Van a venir a atacarnos?

Trago saliva y, muy a mi pesar, asiento.

Lo último que necesitan ahora mismo son más mentiras. Además, estoy convencido de que Nayeli ya se ha encargado de sembrar el caos.

— ¿Dónde está todo el mundo, Kayla?

Su respuesta no me sorprende en absoluto.

— Nayeli y Nashua han reunido al poblado y al consejo en las tierras sagradas... — explica, señalando el lugar — . A mí no me han dejado ir. Me han dicho que, en cuanto Nayeli recupere el mandato, mi hijo y yo seremos desterrados de la reserva por la traición que cometimos.

Coloco una mano sobre el hombro de Kayla en un vano intento de transmitirle mis ánimos.

— Eso no ocurrirá — aseguro, aunque incluso yo puedo percibir la poca convicción que transmite mi voz — . Quedaros aquí y no os mováis — les pido — , intentaré solucionar esto antes de que Nayeli ponga las cosas peor de lo que ya están.

— Iré contigo — me corta Magena.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

— No. Quédate con Kayla y con el niño... Ahora mismo te necesitan más que yo — aseguro — . Si escucháis que alguien se acerca al poblado, esconderos. Y cuidado la una de la otra.

Sin decir nada más, me doy la vuelta y me dirijo hacia el descampado con paso firme. El tiempo apremia y sé que cuanto antes solucione el caos que Nayeli está creando, antes podré comenzar a plantear una posible defensa. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que la banda de moteros se presencie en el poblado para sembrar el pánico?

Intuyo que nadie delatará a Magena, pero también puedo presentir que si las cosas se complican al final la gente terminará cediendo y entregándola. Muchos tenían dudas respecto a mi regreso y Nayeli jugará con ese factor a su favor.

Los veo sentados en un corro. Nayeli, Nashua y varios ancianos del consejo están de pie, en el centro, debatiendo. Supongo que ahora mismo yo seré el tema de conversación. Cuanto más me acerco a ellos, más ansiedad me entra. Ahora mismo tengo tantas preocupaciones que casi me parece ridículo el tener que enfrentarme a Nayeli y a su despilfarro de calumnias.

— ¡Ahí está! ¡Preguntadle si no me creéis! — grita Nashua mientras me señala de forma acusatoria con el dedo índice.

Supongo que ha llegado el momento de enfrentarme a la muchedumbre.

16

Magena

Kayla está muerta de miedo.

Lo peor de todo es que en realidad desconoce hasta qué punto son peligrosos Los Calaveras. Lo único que sabe es que alguien anda siguiendo mi rastro y que, en cualquier instante, podría llegar al poblado. Tiene miedo de que Nayeli tome el control y de que Nashua termine expulsándola del poblado.

— Durante todo este tiempo no se ha acercado ni a mí ni al bebé... — me explica entre sollozos — , nos odia. Si Nayeli retoma el mandato, lo primero que hará será expulsarnos de la reserva.

Estoy a punto de decirle que ese es el problema que menos debería preocuparle ahora mismo, pero decido callarme para empeorar su crisis de nerviosismo. Sé que esta última temporada no ha sido fácil para mi amiga. Desde que su pequeño llegó al mundo, todo se ha complicado para ella. Las cosas con su marido, Nashua, han sido difíciles de llevar. Lo único que me mantenía tranquila mientras pensaba que ella y Nashua dormían en la misma casa era saber que los indios apaches son realmente estrictos con lo que respecta al trato con las mujeres. Un hombre jamás se atrevería a dañar a su esposa sin esperar recibir un severo castigo por parte de la tribu.

Pero ahora, aunque ella no lo sabe, su marido es el menor de sus problemas. Un grupo de moteros se acerca a la reserva con la única intención de acabar con mi vida. Y una cosa es segura: pasarán por encima de cualquiera si con eso consiguen borrar me del mapa.

— ¿Qué has hecho para que te estén persiguiendo, Magena?

Su pregunta me pilla por sorpresa.

— Supongo que estar en el sitio incorrecto en el momento menos oportuno...

— respondo, pensativa, mientras alzo la vista al cielo.

Por ahora ha dejado de llover, aunque las nubes grisáceas continúan aglomeradas sobre nuestras cabezas y sospecho que de un instante a otro Hinun volverá a descargar su furia. Es extraño pensar que hacía tan solo unas semanas fuera yo la causante principal de los temporales... Supongo que es algo que ya ha quedado atrás.

— Deberíamos entrar dentro, vamos... — la apremio en el preciso instante en el que el murmullo lejano del motor de un coche alcanza mis oídos.

“Será mi padre”, pienso, esperanzada.

Aún así, decido no dejar mi destino al azar y empujo a Kayla al interior para que se dé prisa. El pequeño no deja de llorar, lo que consigue que nuestro desasosiego se dispare. Si son ellos y escuchan el llanto del bebé este será el primer lugar al que acudan a buscarme.

— Tienes que calmarle... — insto, preocupada, mientras compruebo a través del cristal que el coche que se acerca al poblado no es blanco ni lleva luces de policía azules.

Lo que tan solamente deja una opción: son Los Calaverass.

— Por favor, Kayla... — le digo, impacientada.

— Lo estoy intentando — me dice, mientras mece al bebé entre sus brazos.

Está tan nerviosa que el pequeño recibe toda su inquietud y alteración, intranquilizándose aún más.

Respiro hondo, procurando calmarme, y le pido que me deje coger al bebé. Ella no duda en entregármelo y yo comienzo a imitar los movimientos que ella hacía mientras, con todo mi ser, me concentro en estar tranquila y serena. Unos segundos después, el bebé deja de llorar entre mis brazos. Creo que esta es la primera vez en mi vida que sostengo a un niño pequeño y la sensación es tan extraña como agradable. De pronto, vuelvo a recordar la prueba de embarazo que espera en el bolsillo de mi pantalón. Un bebé... No, un bebé no. Nuestro bebé.

Sonrío mirando al pequeño niño de Kayla y me prometo a mí misma en este

momento que, si la prueba da positivo y consigo salir de este infierno, criaré a ese niño entregándole todo el amor y cariño que albergue en mi interior.

Escucho el murmullo de unas voces en el exterior sustituyendo el sonido del motor de la ranchera que Unkas les ha prestado. Ya están aquí. Han llegado al poblado. Vienen a buscarme.

Le lanzo una mirada cómplice a Kayla y, sigilosamente, le devuelvo a su pequeño bebé.

— Shhh... — siseo, señalándole la habitación del fondo — . Esconderos.

Ella asiente con la cabeza y, sin dudar, obedece mis órdenes.

Únicamente están aquí para dar conmigo, así que no permitiré que nadie más pague las consecuencias de mis actos.

— ¡MAGENA! — grita uno desde el exterior.

Su voz ronca y cascada por el alcohol y el tabaco provoca que un escalofrío me recorra de pies a cabeza. Le reconozco. Jamás olvidaría ese tono de voz rasgado. Es uno de los miembros de la banda que, aquella noche, estaba presente cuando asesinaron a la chica.

Me deslizo por la pared de la vivienda hasta llegar al filo de la ventana. Retiro con un dedo la cortina para observar el exterior y les veo. Ahí están; han llegado. Después de todo, al final han terminado dando con mi paradero. Suspiro hondo y me digo a mí misma que la única forma de acabar con esto sin que haya más heridos es entregándome.

Una lágrima de impotencia recorre mi rostro mientras que, de forma inconsciente, me llevo la mano al vientre. No necesito hacerme el maldito test para saber que dentro de mí está creciendo una vida. Si no fuera así, no hubiera dudado un solo instante en caminar al frente y entregarme para terminar con todo. Pero ahora las cosas no son tan sencillas... Ahora tengo que proteger al bebé de Denahi.

— Estás embarazada...

Alzo la cabeza y veo a Kayla mirándome fijamente con los ojos abiertos como platos.

Estoy a punto de preguntarle cómo se ha dado cuenta, pero en realidad, eso

no importa. Asiento con la cabeza antes de volver a echar un vistazo al exterior.

— No pueden encontrarte, Magena... La tribu jamás permitirá que maten a una mujer embarazada. Ni siquiera aunque el poblado esté en riesgo. Ni siquiera aunque te odien.

Según los apaches, que la mujer pueda crear vida es el milagro más hermoso que puede existir. Durante los meses de embarazo, todas las personas de la tribu cuidan y protegen a las chicas que están embarazadas, aunque tampoco se las exime de sus responsabilidades. Los apaches creen que las embarazadas deben continuar con sus obligaciones porque la vagancia durante su estado significará que el niño obtendrá un carácter débil. Eso sí, su bienestar será la máxima prioridad de cualquier integrante de la tribu.

— Ni siquiera Denahi lo sabe aún — admito, sintiéndome un tanto avergonzada.

Quizás de esa manera sea mejor. Si muero, todo será mucho más sencillo.

Un sonido sordo y agudo provoca que ambas nos acuclillemos, tapándonos los oídos con ambas manos. Acaban de disparar al aire.

— ¡Si nos entregáis a la chica nadie saldrá herido! — grita otro de Los Calaveras.

Siento cómo una capa de sudor frío se va creando en mi frente. Los latidos de mi corazón se aceleran, mi respiración se agita y puedo sentir que comienzo a caer en un estado de taquicardia.

Los berridos del niño se intensifican aún más y la banda no tarda demasiado en percibir el sonido del llanto. Ahogo un grito tapándome la boca cuando veo cómo uno de ellos señala la casa en la que estamos resguardadas.

Me retiro de la ventana y me agacho en una de las esquinas de la estancia. Con la mano, le vuelvo a pedir a Kayla que se esconda en la otra habitación. Esta vez no obedece y niega rotundamente con la cabeza. Sabe que, si entran en la casa, me entregaré. Tengo que repetirme a mí misma que este asunto tan solamente me concierne a mí y que no permitiré que nadie pague las consecuencias. Cierro los ojos con fuerza. El bebé aún llora, pero a pesar de ello puedo llegar a percibir el sonido de sus pasos aproximándose a la puerta

de entrada. Cada pisada que dan provoca un pequeño temblor en el suelo que, de alguna forma inexplicable, llega hasta mí. No soy consciente de ello, pero yo también estoy llorando. Supongo que ninguna de mis anteriores preocupaciones tiene ya importancia ahora que voy a morir. Me seco los ojos con el reverso de la camiseta mientras pienso en que no he tenido la oportunidad de despedirme de Denahi. No he podido decirle lo mucho que le amo, ni he podido explicarle todo lo bueno que me ha dado durante este tiempo. Él me ha enseñado lo que es respetar, querer y amar con todo el corazón. Sin egoísmo, sin esperar nada a cambio. Él ha creado en mí un sentimiento que, hasta entonces, jamás había experimentado.

— ¡Marcharos de nuestra tierra!

La voz de mi chico apache hace que la sangre que corre por mis venas se congele. “No puede ser...”, me digo a mí misma mientras me arrastro hasta la ventana.

— Putos indios de mierda... — se ríe el de la voz ronca.

Me asomo a la ventana retirando levemente la cortina. En el exterior, Denahi y otro grupo de hombres han acudido al encuentro con “Los Calaveras”. Observo cómo se giran hacia mi marido para poder encararle, aún portando el arma de forma amenazante entre sus manos.

— ¡NO! — grito, incapaz de contenerme.

Echo a caminar hacia la puerta sin pensármelo dos veces.

Puedo sentir la presencia de Kayla tras de mí, pero no llega lo suficientemente a tiempo como para detenerme. Abro la puerta y salgo al exterior. El hombre que lleva el arma se gira hacia mí con una sonrisa burlona en el rostro.

— Puta sabandija... — murmura, apuntándome con la pistola.

La siguiente escena transcurre demasiado deprisa. Denahi se lanza sobre él y el resto de los moteros intentan detenerle, pero no lo consiguen. Aún así, el arma se dispara y el cuerpo de Denahi cae al suelo mientras se forma un surco de sangre a su alrededor.

— No... ¡NO! — grito, desplomándome de rodillas sobre la madera del porche.

Otro grito ahogado de una mujer resuena cerca de mí. Es Topanga. Con el rostro descompuesto, corre en dirección a Denahi y al grupo de moteros. Yo ni siquiera puedo moverme porque no soy capaz de asimilar lo que acaba de pasar.

— No... — gimo, liberando un sonido similar al de un animal torturado —
... ¡NO!

Él.

Él no.

Topanga se desploma frente a Denahi, protegiéndolo con su propio cuerpo cuando el segundo disparo se efectúa. Ella también cae al suelo. El charco de sangre que inundaba el suelo comienza a crecer con más rapidez que antes.

— No... — murmuro con un hilillo de voz mientras gateo por el porche — .
Esto no tenía que pasar...

Ni siquiera tengo fuerzas para moverme.

La única que debería haber muerto esta noche era yo...

El hombre de la pistola se gira hacia mí, encañonándome con esa maldita sonrisa diabólica en el rostro. Pero ya nada me importa, ya nada tiene sentido. Le miro y, por un solo segundo, yo también sonrío. Lo mejor que puede pasarme en este momento es que mi vida llegue a su fin.

Él está a punto de disparar cuando, de pronto, el resto de los hombres de la tribu también saltan contra los moteros. No están protegiéndome a mí, estoy segura de ello. Si no más bien, están vengando la muerte de Topanga. La pelea comienza. Puedo ver a Nayeli luchando entre los demás, pero desvió la mirada en dirección a los dos cuerpos que yacen en el suelo.

— Denahi... — gimo dolorida.

A gatas, me arrastro hasta ellos.

Mis manos se tiñen de sangre mientras aparto el cuerpo de mi amiga para llegar al de mi amor.

— Denahi...

Acaricio su rostro y su cabello, ahora largo y enmarañado. La imagen de

aquel chico de pelo corto que conocí en la cafetería acude a mí mente mientras su rostro se empapa con mis saladas lágrimas.

— No puedo perderte... — murmuro y, un segundo después, puedo ver cómo sus ojos parpadean levemente.

Mi corazón late a mil por hora y, de forma brusca, me apresuro a sujetar su muñeca en busca de los latidos de su corazón. Su pulso es muy débil, pero su fuerte corazón aún está resistiéndose a dejarme sola en este mundo. Con las manos temblorosas, levanto su camiseta en busca de la herida de bala y presiono con ambas manos para que no pierda más sangre. Él abre los ojos levemente y en ese momento una sonrisa de esperanza aflora en mi rostro.

— No puedes dejarme... — le digo, aunque mi tono de voz es prácticamente una amenaza — , no puedes marcharte...

Denahi vuelve a cerrar los ojos.

Apoyo la cabeza contra su pecho para intentar percibir su leve respiración.

— Tu hijo necesita conocerte, Denahi... No puedes dejarnos, amor mío.

Levanto un instante la mirada.

La pelea continúa unos metros al fondo. Hay varios miembros de la tribu en el suelo, heridos o..., quizás muertos. No lo sé. No puedo pensar en eso ahora mismo. El cadáver inerte de Topanga yace junto a nosotros. Un agujero redondo marca su frente, evidenciando el lugar por el que ha entrado la bala. Las lágrimas comienzan a brotar sin control. Tampoco conseguí hacer las paces con ella, ni siquiera tuve la oportunidad de entenderla. De alguna forma, puedo comprender cómo debía sentirse. Amaba a Denahi... Tanto que dio la vida por él.

El sonido de las sirenas de un coche patrulla aparece en la lejanía y la esperanza de que esta masacre llegue a su fin se intensifica. Sabía que mi padre no iba a abandonarnos...

Los coches de policía derrapan y se detienen en mitad del poblado. La pelea se detiene instantáneamente cuando el sheriff Pharell y el resto del cuerpo policial abandonan los vehículos. Puedo ver que Unkas está con ellos, sano y salvo, lo que provoca que un suspiro de alivio abandone mi ser.

— ¡TODOS DE RODILLAS! — grita mi padre.

Las ambulancias también comienzan a llegar.

Me quedo paralizada, observando cómo esposan a los malditos moteros que han estado a punto de terminar con mi vida, con la de mi bebé y con la de mi esposo. Pero de pronto, me doy cuenta de que he dejado de percibir la leve respiración de Denahi. Su pecho ya no sube ni baja. Ansiosa y muerta de miedo, me apresuro a sujetar su muñeca en busca de su pulso, pero tampoco lo siento.

— ¡NO, no, no...! ¡ — grito, en el mismo instante en el que los médicos tiran de mi cuerpo, apartándome de él.

Intento resistirme, pero me levantan en el aire y se abalanzan sobre Denahi.

— ¡NO puede morir! — exclamo, llorando desconsoladamente mientras me arrastran al interior de una ambulancia — . ¡NO puede morir!

De fondo, puedo ver cómo el equipo sanitario le realiza un masaje cardiopulmonar y le colocan una mascarilla de oxígeno. Mi padre, que también está cerca, se acerca hasta ellos para observar la escena. El médico le mira fijamente y le dice algo antes de levantar el cuerpo de Denahi y llevárselo en una camilla.

“No puedo perderle... No puedo perderle.”

Si él no está, nada de esto habrá tenido sentido.

— ¡Papá! — grito, saltando de la ambulancia para correr hasta él.

Siento la presencia del auxiliar médico persiguiéndome, pero no me detengo hasta llegar a los brazos de mi padre.

— Ya está, Magena... Ya ha terminado todo — murmura con el mismo tono de voz que empleaba cuando de pequeña tenía una pesadilla e intentaba calmarme — . No volverán a por ti nunca más...

— No puedo perderle... — gimo, apretándome con fuerza contra su pecho — , si él muere..., yo...

— Vivirá — asegura — , ha perdido sangre, pero es un guerrero. Vivirá.

Mis ojos acuosos se clavan en los del sheriff y, por primera vez en lo que me

resta de vida, soy realmente consciente de lo mucho que necesito a mi padre.

— Papá...

— Sssh... — murmura — , por fin ha terminado todo.

17

Denahi

En la batalla con “Los Calaveras” tan solamente hubo una muerte, pero demasiados heridos. Gracias al poder de convicción del sheriff Pharell, todos los miembros de la tribu fueron trasladados al hospital para recibir asistencia médica. Sí, la batalla dejó una herida y una huella en nuestro pueblo, pero tras ella el camino a la prosperidad y a la adaptación estuvo más allanado que nunca. Después de todo, ni siquiera Nayeli fue capaz de discutir lo necesarios que eran los avances. El hospital salvó más de una vida, entre ellas, la mía.

— ¿Ya habéis pensado cómo le vais a llamar al bebé?

La sala de espera del hospital prácticamente se me antoja un hogar, ya que estos últimos nueve meses casi no he abandonado las paredes blanquecinas de este lugar.

— Magena dice que será una niña... — le cuento con una sonrisa — , y ha decidido llamarla Topanga.

El sheriff Pharell sonrío.

— ¿Crees que faltará mucho?

Me encojo de hombros a modo de respuesta.

Unos instantes después, la puerta del paritorio se entreabre filtrando los gritos de dolor de Magena.

Tanto el sheriff como yo nos lanzamos una mirada de espanto, pero ninguno de los dos comentamos nada. No importa lo mucho que nos estemos adaptando a la sociedad, porque tal y como manda la tradición, los hombres no pueden estar presentes en el nacimiento del bebé. Aunque debo confesar que si fuera por mí, ya habría irrumpido en la estancia para comprobar que todo fuera bien.

— Ten paciencia, pronto conocerás a tu hija... — me dice el sheriff.

Asiento y me froto las manos con entusiasmo.

No hay nada en este mundo que desee más que conocerla.

Sé que cuando regresemos a la reserva todo será diferente. Estos meses nos han cambiado a todos, pero tengo que confesar que el cambio ha sido para bien. A partir del mes que viene, el colegio de la reserva contará con dos nuevos profesores de Cave Creek. Unkas también ha comenzado a hacerse cargo de la gasolinera del viejo Billy y algunos miembros de la tribu están pensando en abrir negocios cerca del poblado. Algunos otros han decidido vender artesanías y los restantes, aquellos que menos desean la adaptación, al menos no ponen pegas con los avances que estamos realizando. Parecen haberse resignado y admitido que el cambio es inevitable. Supongo que mi compromiso por mantener vivas las tradiciones, la magia y las costumbres apaches ha conseguido tranquilizar incluso a los más exceptivos del poblado.

— ¿Denahi? — pregunta la matrona — . Puedes pasar... — me dice con una sonrisa de oreja a oreja.

Con los nervios a flor de piel, lanzo una mirada hacia el sheriff Pharell.

— Venga, pasa, chico. Tu hija te está esperando... — me anima, justo antes de darme una pequeña palmadita en la espalda.

No soy consciente de lo nervioso que estoy hasta que me levanto del asiento y las piernas me fallan. Camino con paso poco decidido hasta la habitación y, cuando abro la puerta, las veo. Ahí está mi preciosa Magena con la pequeña Topanga entre sus brazos. El sonido del llanto de mi bebé es lo más hermoso que he escuchado jamás.

— ¿Quieres cogerle? — me pregunta la enfermera.

Magena me sonrío y yo asiento automáticamente.

— Aquí tienes a tu hijo, Denahi... — murmura, levantando los brazos para que yo sujete al bebé.

Me adelanto unos metros y con delicadeza, lo cojo entre mis brazos.

— ¿Hijo? — pregunto mientras observo sus profundos y redondos ojos

grisáceos.

No es la primera vez que los veo... Esos ojos...

— Sí, hijo... — me dice Magena — , te presento a Hinun...

Una lágrima se desliza por mi mejilla mientras tanteo la mirada entre mi esposa y mi hijo.

— Hinun...

La sonrisa de felicidad de Magena es capaz de paralizarme el corazón.

— Una vez te pregunté si algún día sería capaz de tener una visión bonita... ¿Lo recuerdas?

Hinun, con su carita redonda, levanta una mano y la posa sobre mi mejilla. Siento mi corazón hinchado por tanto amor. Tanto..., que presiento que en cualquier momento estallará.

— Lo recuerdo — respondo con la mirada clavada en esos preciosos e intensos ojos grises. Esos que durante semanas estuvimos viendo desde las llamas. Esos que ahora mismo están provocando que estalle una tormenta en el exterior.

— Pues la he tenido... He visto nuestro futuro y... es lo más feliz que he sentido jamás.

Así que al final mi reina apache tenía razón y era el pequeño Hinun el responsable de su falta de visiones.

Supongo que por mucho que intentemos adaptarnos a la sociedad moderna, la magia apache siempre correrá por las venas de nuestra familia.

Me tumbo en la camilla para poder abrazar a mi esposa sin ser capaz de contener las lágrimas.

— Nuestro príncipe Hinun... — murmura ella, antes de posar los labios sobre su frente.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR













Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

-  Seré solo para ti
Solo tuya
-  Besos de carmín
-  Mi último recuerdo
-  Escribiéndole un verano a Sofía
-  Nosotras
-  Secretos 1, 2 y 3
-  Saga “Una noche”:
Una noche Dorada
Una noche Contigo
Una noche Nuestra
Una noche Perfecta
-  Una cosa de locos
-  Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa
-  Nuestros días
-  La chica que se llamaba como un cometa
-  Un “te quiero” por Navidad

- ↗ Mi protector
Su protegida
- ↗ Ave Fénix
- ↗ Donde nacen las estrellas
- ↗ Una guerra del pasado
- ↗ Olivia y su caos
- ↗ Siempre Contigo
- ↗ Un hombre de negocios
- ↗ Isla de Plata
- ↗ ¡Lo que tú digas!
¡Cómo tú quieras!
¡A tus órdenes!
- ↗ El rescate
- ↗ El laberinto
- ↗ Luna de gato
- ↗ Magena
Denahi
Hinun

